

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA



REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

PROPIEDAD

DEL

ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

TOMO IX



Reg. 1958.

ÍNDICE GENERAL

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1886

Ayuntamiento de Madrid

1710

A

- Aspa* (D. V.). — La emigración, leyenda; págs. 17 y 29.
A. G. (D. J.). — El saber, pág. 209.
Amador de los Ríos (D. R.). — El estilo latino bizantino; págs. 160 y 328.
Antequera (D. J. M.). — La desamortización considerada en su aspecto artístico; págs. 28, 46, 58, 65.
Abracio (D. J. M.). — Las órdenes religiosas en Cuba; pág. 332.
Asensio (D. J. M.). — A Cristóbal Colón, poesía; pág. 296.
Almenara Alta (Duque de). — A la Virgen Santísima, en su tercer dolor; página 88.
A. Claudia. — Historia holandesa; págs. 394, 406 y 417.

B

- Bibliografía; págs. 23, 34, 71, 383, 408 y 419.
B. P. — Nuestra Señora de las Mercedes; págs. 293, 304 y 315.
Blanco García (Fr. F.). — En la muerte de mi madre; pág. 356.
Boix (D. V.). — Meditación; pág. 389.
Blas. — La Decena en todos los números.

C

- Coloma* (P. L.). — La resignación perfecta, leyenda; pág. 8. — Chist, leyenda; págs. 66, 82, 89 y 104.
C. P. M. — Las ciencias y la filosofía, pág. 413.
Cubas (D. F.). — Los últimos momentos de Ernestina; pág. 38.
Campillo (D. T.). — Una escritora carmelita descalza; pág. 221.
C. — De los cementerios y de la cremación de los cadáveres; pág. 232.
Cañete (D. M.). — El árbol seco; pág. 261.
Concepción de Nuestra Señora. — Documentos del Archivo de Madrid relativos a esta devoción; pág. 400.
Crónica en todos los números.
Conocimientos útiles en todos los números.

E

- Encíclica del Papa León XIII; pág. 4.
Etnografía. — Los cingaleses ó gitanos; págs. 70, 92 y 107.
Egea Sánchez (D. E.). — La Iglesia y la civilización; págs. 101, 117, 137 y 149.

F

- Flores* (D. M.). — La razón, la libertad y la fe; pág. 189.
F. Ll. (D. J.). — Diversiones antiguas; pág. 351.
Felás y Ramos. — La vida del campo; pág. 356.
Figueroa. — *Te Deum laudamus*, paráfrasis en verso; pág. 10.
Fernández Shaw (D. C.). — Haz bien, poesía; pág. 16.

G

- Gómez* (D. Valentín). — Los reyes en el establo de Belén; pág. 11. — Los niños en Madrid; pág. 40. — Blanca; pág. 77. — La crítica; pág. 112. — El odio; pág. 148. — A D. Ramón Campoamor; pág. 196. — El milagro de la caridad; pág. 218. — El escapulario del Carmen; pág. 256. — Los últimos bohemios; pág. 310. — Deuda pagada; pág. 339. — La ley de la obediencia; pág. 376. — El Papa; pág. 412.
Guerola (D. A.). — La gota de agua; pág. 32. — Misterios de vida y muerte; pág. 404.
Gironi (D. J.). — Los grandes problemas; pág. 344.

H

- Hettinger* (Dr.). — El misterio de nuestra redención; pág. 124.
Hartzenbusch (D. J. F.). — Una mártir desconocida; pág. 262.

I

- Iturralde* (D. J.). — El santuario de San Juan del Ramo; pág. 368. — El monasterio de Leire; pág. 380.

L

- León* (Fr. Luis). — Canción a Jesucristo crucificado; pág. 128.
López (Fr. T.). — El primer misionero del desierto de Sahara; pág. 368.
Lizana (D. J. M.). — La sierva de Jesús; pág. 162.
Lucordaire (Padre). — Discurso sobre el lujo; pág. 210.
La Fuente (D. V.). — La batalla de las Navas; pág. 257. — Los almogávares; pág. 321.

LI

- Llanos* (D. F.). — El Crucifijo, poesía; pág. 116.
L. C. — Amor filial; pág. 261.
Llorente (D. T.). — En un álbum; pág. 394.

M

- Monescillo* (D. A., Arzobispo de Valencia). — Castillo de Caracul; pág. 21.
Muñoz y Garnica (D. M.). — La ciudad de los Papas; págs. 279 y 291.
Manterola. — Credulidad de los incrédulos; pág. 287. — De la antigüedad del mundo y del hombre; pág. 318.
Muntadas (D. J. F.). — Fábula; pág. 33.
Mir. — Discurso de recepción en la Academia Española; págs. 167, 178, 191, 203, 215, 217, 238 y 251.
Muñoz Sainz (Fr. Conrado). — A mi patria, poesía; pág. 50. — ¡Si yo tuviera madre! págs. 297, 309, 321, 333, 345, 357 y 369. — El huertanito, poesía; pág. 344.
M. — El puente de San Benedicto, en Aviñón, pág. 286.
M.ª del P. M. — Los dos capullos; pág. 140.
Mauricio le Prevost. — ¡Quiero divertirme! págs. 166 y 177.

N

- Navarro Villoslada* (D. Francisco). — Meditación; pág. 8. — A la Virgen del Perpetuo Socorro, poesía; pág. 32.
N. M. — San Juan de los Reyes de Toledo; pág. 248.
Naguet. — Alteración de los escritos; pág. 415.
Nancy (Sr. Obispo de). — Elogio fúnebre de M. Nicolás Vagner; pág. 428.

O

- Ogata* (Fr. Diego). — Crucifixión de Jesús; pág. 130.
Orts (D. J. S.). — Discurso sobre la ciencia y la fe; pág. 237.

P

- Pérez Villamil* (D. M.). — A la muerte de Doña Ernestina Manuel de Villena; pág. 37. — Doña Ernestina Manuel de Villena y Dreyes; pág. 78. — El arte cristiano en Italia; pág. 139. — Recepción del P. Mir en la Academia Española; pág. 161. — Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús; pág. 219. — Entrada del nuevo Obispo de Madrid; pág. 303. — La ciencia de la Caridad; pág. 329. — Recuerdos de Santa María de Veruela; págs. 335, 364, 377 y 388.
Pastoral colectiva de los Obispos de Chile sobre la música religiosa; pág. 41. — Pastoral de nuestro Prelado; pág. 356.
Peña Fernández (D. T.). — El Ciprés; pág. 102. — Las Palmas; pág. 113. — El Narciso; pág. 140. — La Violeta; pág. 154. — El Tulipán y el Jacinto; pág. 163. — El Clavel; págs. 173 y 184. — La Rosa; pág. 185. — La Azucena y el Lirio; pág. 197. — El Amaranto y el Miosotis; pág. 212. — La Madreselva, el Jazmín y el Acanto; pág. 226. — El Mirto y la Margarita; pág. 236. — La Yedra, el Ranúnculo, la Anémona y el Acónito; pág. 281. — El caballo; pág. 304.
P. — De las escuelas de pintura; pág. 341.
Pérez Rubin (D. L.). — Fiestas en la dedicación del templo del Asilo; página 220.
Puerta (D. N.). — Origen de la química; pág. 381.

R

- Repullés y Vargas* (D. E. M.). — Progresos de la electricidad; pág. 11.
Rivas (D. Amalio). — Crónica literaria; pág. 64.
Roda y Delgado (D. J. de D.). — San Juan de Dios; págs. 76, 88 y 128.
Ruiz (D. M.). — El Dulce Nombre de María; pág. 292.

S

- Sánchez de Castro* (D. Francisco). — Año nuevo; pág. 5. — El duque de Almenara; pág. 80. — *Consummatum est*; pág. 136.
Sobre las imágenes y objetos del culto; pág. 424.
Salinas (M. de). — Una visita en el día de Nochebuena; pág. 428.
Suárez Bravo (D. C.). — Robespierre; crónica dramática del Terror; páginas 44, 50, 68, 81, 82, 92, 105, 118, 131, 141, 151, 164, 174, 189, 200, 213, 225, 237. — Madrid; pág. 388.
Soler y Garrigosa (D. L.). — Extraordinaria fecundidad del Carmelo; páginas 272 y 283.
Segade y Campoamor (D. R.). — Una obra de amor; pág. 220. — Cabos sueltos; pág. 431.
Selgas (D. J.). — Nuestro honor; pág. 244.
Sotís (D. A.). — Vida cronológica de San Ignacio de Loyola; pág. 245.

T

- T. R.* — Monasterio de religiosas Trapistinas en Tinosillos; pág. 52.
Trueba (D. A.). — Casilda; pág. 382.
Tejado (D. G.). — En la Montaña; pág. 392.
Taronji (D. J.). — A la Inmaculada Concepción, oda; pág. 404.
Toro (D. J.). — El templo del Fox; pág. 405.

U

- Uriarte* (Fr. E.). — La expresión en la música; pág. 316. — Gounod y su himno a San Agustín; pág. 353.

V

- Vélezquez* (D. F.). — Lamentos de Cristo en la Cruz; pág. 130.
Vicent (Conferencias del Padre). — Pág. 142.
V. M. (D. P.). — La Biblia confirmada por los descubrimientos modernos; pág. 392.

Z

- Z. A.* — Consideraciones generales sobre la religiosidad de la isla de Cuba; págs. 33, 45, 52.
Zórate (D. A.). — El paso honroso; pág. 269.

MISCELÁNEA

- Las aves; pág. 6.
Los fósforos; su historia y fabricación; pág. 20.
La nieve; pág. 22.
Un cruzado moderno; el C. de Mun; pág. 53.
Historia de las viruelas; pág. 70.
Revista científica; pág. 93.
El telégrafo en Londres; pág. 104.
Cultivo y aplicaciones del ramio; pág. 106.
Progreso de los trabajos del canal de Panamá; pág. 119.
Aguas potables; pág. 119.
El ramio; pág. 153.
Formación de los vientos y huracanes; pág. 172.
Las Congregaciones religiosas juzgadas por los protestantes; pág. 188.
La pereza; pág. 188.
La pesca del bacalao; pág. 202.

La caza del oso; pág. 227.
Indulgencia de la Porciúncula; pág. 249.
Efecto de los bosques en las lluvias; pág. 263.
Origen de la devoción de las Ave-Marías; pág. 268.
Formación del mantillo; pág. 273.
Terrenos agrícolas; pág. 273.
Influencia de los montes; pág. 274.
Los molinos de viento; pág. 274.
El castillo del diablo; pág. 280.
Higiene de los literatos, etc.; pág. 285.
La casa; pág. 286.
Sínodo diocesano de Valladolid; pág. 296.
Producción y consumo del papel; pág. 311.

Procedimiento para combatir el mildiu; pág. 323.
Más sobre el istmo americano; pág. 331.
La pesca en varios países; pág. 334.
Contraveneno en general; pág. 335.
El arbolado; pág. 347.
Medios económicos de filtrar las aguas; pág. 347.
El vascuence en Alemania; pág. 365.
La cripta provisional de la Catedral de la Almudena; pág. 377.
La conciencia; pág. 381.
Excelencias de la Santa Casa de Loreto; pág. 389.
Las misiones católicas durante el Pontificado de León XIII; pág. 416.
Las pieles y su curtido; pág. 416.
Miscelánea suelta en todos los números.

GRABADOS

RETRATOS

Excmo. Sr. D. Francisco de Cubas y González Montes; pág. 30.
Doña Ernestina Manuel de Villena; pág. 73.
Excmo. Sr. D. José Martorell, duque de Almenara Alta; pág. 85.
Excmo. Sr. Duque de Pastrana; pág. 90.
Dr. Luis Windthorst; pág. 108.
Rdo. P. Fr. Santiago de Monsavré; pág. 132.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid; pág. 139.
Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos; pág. 145.
Emmo. Sr. D. Miguel Payá, Cardenal Arzobispo de Toledo; pág. 157.
El Dr. Pasteur; pág. 205.
Doña Ernestina Manuel de Villena; pág. 217.
Emmo. Sr. Arzobispo de París; pág. 229.
Ilmo. Sr. D. Francisco Gómez Salazar, Obispo de León; pág. 241.
El P. Ignacio Carbonell; pág. 253.
Mons. Richard de Lavergne, nuevo Arzobispo de París; pág. 265.
Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela; pág. 277.
Ilmo. Sr. D. Antonio Ruiz Cabal, Obispo de Pamplona; pág. 289.
El Cardenal Alimonda, Arzobispo de Turín; pág. 301.
Excmo. Sr. D. Ciriaco Sancha, Obispo de Madrid-Alcalá; pág. 313.
El Cardenal Martinelli; pág. 325.
Excmo. Sr. D. Marcelo Spinola, Obispo de Málaga; pág. 337.
Excmo. Sr. D. José Casado del Alisal, célebre pintor; pág. 349.
Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Olmutz en Moravia; pág. 360.
Ilmo. Sr. Fr. Martín García, Obispo de Cebú; pág. 361.
Mr. Chevreul; pág. 420.
Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Grau, Obispo de Astorga; pág. 421.
Ilmo. Sr. D. Luis Felipe Ortiz, Obispo de Coria; pág. 421.

MONUMENTOS Y OBRAS DE ARTE

La jura de D. Fernando IV en la Catedral de Valladolid. — Cuadro de Gisbert; pág. 1.^a
Relicario gótico de la capilla de San Jorge en la Audiencia de Barcelona; pág. 13.
Abside de la nueva Iglesia de las Siervas de María en esta Corte; pág. 25.
La obra de Ernestina; pág. 48.
La Catedral de Spira en Baviera; pág. 49.
Lo que resta del castillo de Tarifa; pág. 55.
Apuntes del Real Monasterio de Rueda (provincia de Zaragoza); páginas 66 y 67.
San Juan de Dios salvando del incendio a los enfermos del Hospital de Granada. — Cuadro de Gómez; pág. 79.
Vista de la Iglesia de San Miguel de Escalada; pág. 90.
Vista exterior de San Miguel de Escalada (Monumento histórico nacional); pág. 97.
Escudo, casco y espada de Francisco I, Rey de Francia; pág. 102.
Mater Dolorosa. — Escultura del Sr. Querol; pág. 109.
Cabeza de Nuestro Señor Jesucristo en la *Cena* de Leonardo de Vinci; página 104.
Portada del monasterio de Ripoll; pág. 115.
María Santísima al pie de la Cruz. — Cuadro de Rokdes; pág. 121.
Cristo ante Pilatos. — Cuadro de Munkassy; págs. 26 y 27.
En la galería de los antepasados; pág. 150.
En la Biblioteca del convento. — Cuadro de G. Eber; págs. 162 y 163.
Las primeras lecciones. — Cuadro de Relta; pág. 174.
Luis XVI despidiéndose de su familia para ser conducido al calabozo del Temple; págs. 186 y 187.
Vista exterior de la Catedral de Córdoba; pág. 193.
La lección de calceta. — Cuadro de H. Waner; pág. 211.
Vista general de la capilla mayor y crucero del Asilo; pág. 222.
Detalles de la Iglesia; pág. 223.
En el bosque. — Cuadro de A. Meason; pág. 235.
Vista interior de San Juan de los Reyes en Toledo; pág. 247.
El Arroyo. — Cuadro de Monsand; pág. 258.
Un curioso impertinente. — Cuadro de Olivie; pág. 282.
La Virgen Santísima y el Niño Jesús. — Cuadro de Palma el joven; pág. 283.
El Abuelo. — Cuadro de Albert; pág. 295.
La esposa del pescador. — Cuadro de Salles; pág. 319.
Estatua erigida al venerable de la Salle en Ruen; pág. 336.
La barca de San Julián el Hospitalario. — Cuadro de Dawant; páginas 343 y 344.
El Angel del trabajo. — Cuadro de Seuler; pág. 354.
El marqués de Lombay reconociendo el cadáver de la Emperatriz Isabel en la capilla Real de Granada; pág. 367.
La Coronación de la Santísima Virgen. — Cuadro de Boticelli; pág. 373.
Portada de la Catedral de París; pág. 378.
Panteón Real en la Basílica de San Isidoro de León; pág. 379.

El hogar de los huérfanos. — Cuadro de Vautier; pág. 385.
Vista interior de la Catedral de Sevilla; págs. 390 y 391.
La Purísima Concepción de Murillo; pág. 397.
Idem la de Martínez Montañés; pág. 402.
Idem la de Juan de Juanes; pág. 403.
Urna de plata donde han sido guardadas las reliquias del Apóstol Santiago; pág. 409.
Vista lateral de la futura Catedral de Madrid; pág. 427.
Claustro del convento de San Esteban en Salamanca; pág. 432.

ACTUALIDADES

Funerales regios en la Iglesia de San Francisco el Grande de esta Corte; página 7.
El cadáver de Ernestina depositado, según su voluntad, en el suelo de su habitación; pág. 42.
Conducción del cadáver de Ernestina al cementerio de San Justo; pág. 43.
Reconocimiento del cadáver en el cementerio; pág. 43.
Vista general de Atenas y de sus nuevas fortificaciones; pág. 61.
Escena del cólera de Italia; pág. 72.
Desórdenes socialistas en la plaza de Trafalgar en Londres; pág. 78.
Iglesia de San Martín en Marsella, demolida por decreto del Gobierno francés; pág. 84.
Vista general de Panamá, donde ha de comenzar el canal interoceánico; página 139.
Capilla ardiente donde fué expuesto el cadáver del venerable Obispo de Madrid-Alcalá; pág. 151.
Los embajadores de las grandes potencias saliendo de una conferencia en Constantinopla; pág. 156.
El ciclón; pág. 169.
Los estragos del ciclón en esta Corte; pág. 175.
Coronación de Nuestra Señora de Aranzazu el 30 de Junio; pág. 198.
Trabajos para la apertura del canal de Panamá; pág. 234.
Peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de la Guardia (Marsella); página 252.
Restauración de la portada del crucero en la Catedral de León; pág. 259.
Estado de las obras de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de Montmartre; página 271.
Salida de Sofía del príncipe Alejandro; pág. 306.
Entrada del nuevo Obispo de Madrid-Alcalá en su capital diocesana el 8 de Septiembre; pág. 307.
Las minas de Decazville en Francia; pág. 330.
Nuevo convento generalicio de los franciscanos en Roma; pág. 331.
Inauguración del Faro *Libertad* en la entrada de la bahía de Nueva York; páginas 414 y 415.
Mesa revuelta de Navidad; pág. 426.

VISTAS VARIAS

Vista de Santa Isabel (Fernando Poo); pág. 6.
La Fe guiada por la Inocencia; pág. 12.
Un Oasis en Africa; pág. 12.
La expedición del Capitán Possi, invernando en los hielos de las regiones árticas; pág. 18.
Vista general de las ruinas de Pompeya; pág. 19.
Vista general de la ciudad de Granada; pág. 24.
Los Ferrocarriles subterráneos en Londres; pág. 31.
El Asilo de San Gotardo en los Alpes; pág. 36.
Vista del Bósforo en Constantinopla; pág. 54.
Angelus Domini; pág. 60.
El pozo de Jacob; pág. 60.
La orfandad al pie de la Cruz; pág. 72.
Pescadores de la costa de Normandía; pág. 91.
Un buen Maestro; pág. 103.
Ecce Agnus Dei; pág. 133.
El Santuario de Aranzazu; pág. 168.
Paso del ferrocarril por los Gaitanes (sierra de Antequera); pág. 180.
Un capricho artístico; pág. 181.
El cabo de Trafalgar; pág. 192.
Una noche de Luna en las costas de Normandía; pág. 199.
Vista general de Asís en Italia; pág. 210.
El crepúsculo de una tarde de Estío; pág. 246.
El molino de los Souvirous en Lourdes; pág. 264.
El Templo (una vista de las montañas de Méjico); pág. 270.
Casa donde pasó su lactancia el Papa Pío IX; pág. 276.
Convento de la Purísima Concepción de Agreda; pág. 294.
Tipos del muelle de Lisboa; pág. 300.
El buen cazador; pág. 312.
En acecho; pág. 318.
Una tarde de Otoño; pág. 355.
Vista general del monasterio de Montecasino en Italia; pág. 366.

ÉPOCA 4.^a — AÑO XL — TOMO IX.NÚMERO 1.^o — Madrid 5 de Enero de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica Universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *Enciclica concediendo el jubileo extraordinario, dada por Nuestro Santísimo Padre, por la Divina Providencia León XIII, Papa*. — Año nuevo, por D. Francisco Sánchez de Castro. — *Las aves*. — *Meditación*, por L. Coloma. — *La Resignación perfecta*, por L. Coloma. — *Te Deum Laudamus*. — *Los Reyes en el establo de Belén*, por D. Valentín Gómez. — *Progresos de la electricidad* (continuación), por D. E. M. Repullés y Vargas.

GRABADOS. — *La Jura de Don Fernando IV en la catedral de Valladolid*. — *Vista de Santa Isabel, capital de las posesiones de España en el golfo de Guinea*. — *Funerales regios en la iglesia de San Francisco el Grande de esta Corte*. — *La Fe guiada por la Inocencia*. — *Un oasis en África*.

LA DECENA



HEMOS sido llevados del año 1885 al 1886,

Como los ríos en veloz corrida
Se llevan a la mar...

según el dicho de un poeta, que no debió ser gran cosa cuando no dejó escrita una mala zarzuela.

Y nótese, de paso, la afición de casi todos los poetas a estas comparaciones *fluviales* de la existencia humana.

Nuestras vidas son los ríos,
Que van a dar en la mar,
¡Que es el morir...!

dijo otro poeta de pesca, que ha pasado a la posteridad con los mismos títulos con que pasarán al olvido muchos poetas de la *posteridad* presente.

También merece notarse que los vates modernos (tal vez por no saber nadar, como los antiguos) se muestran más inclinados a comparar la vida con los *arroyuelos*, en sus poesías de *regado*.

Y yo, con perdón de los clásicos, hallo más lógi-

PÁGINAS DE LA HISTORIA PATRIA.



LA JURA DE DON FERNANDO IV EN LA CATEDRAL DE VALLADOLID.

Cuadro de Gisbert.

ca, más intencionada y más característica de la vida moderna esta última comparación.

Los individuos de la sociedad presente tenemos más de arroyos que de ríos; esto es indudable.

Nacemos en cualquier parte, como los arroyos, sin necesidad de buscar la cuna en las alturas, como los ríos.

Atravesamos parte de la vida, como los arroyos, murmurando.

Somos, en lo general, *poco profundos*, por cuya razón, si corremos *claros*, se nos ve el fondo fácilmente.

De ordinario, nuestro *caudal* es escaso, pero si un chaparrón de la fortuna nos cae encima, nos hinhamos y *salimos de cauce*, bien que *turbios* y sin saber adónde llevar las corrientes de la soberbia.

Con la misma facilidad con que nos engordan las filtraciones de la presunción, nos evapora y seca el sol de la verdad y el calor de la justicia.

Pasamos la mayor parte de la vida *culebreando*, haciendo *zig-zags* y dando rodeos.

Nos *deslizamos* cien veces al día; fertilizamos algún escuálido melonar; producimos algunos cangrejos, que ni son carne ni pescado, y terminamos nuestro inútil curso cayendo en un precipicio, en un pantano ó en un charco de gusanos... *que es el morir*, para los que viven como gentiles.

Decía que hemos pasado sin sentir del año viejo al año nuevo.

El que acaba de finar ha sido fecundo en calamidades de todo género. ¡Dios haga que el que le sigue no sea estéril en beneficios ni avaro de prosperidades!

Es, en verdad, poco caritativo ensañarse con los difuntos, pero tengo en mi abono, para juzgar severamente al año 85, aquel refrán castellano: *No digáis mal del año hasta que sea pasado*. Ya es pasado, y por lo tanto, quiero decir de él que se ha portado como un mal padrastro.

No recuerdo si empezó con lluvias, pero así debió ser, puesto que nos ha aguado todas las esperanzas, y porque hay otro refrán que dice: *El mal año entra nadando*.

Bien sé yo que *cada cual habla del año según va su rebaño*, y que no para todos ha sido de endrinas el año, que, según el refrán, *año de endrinas, año de pocas hacinas*. Por el contrario, algunos han hecho su agosto en el mes de este nombre, y no pocos, en año tan malo, *han sacado la tripa de mal año*; que aunque otro refrán dice: *año de brevas, nunca le veas*, no han faltado brevas para muchos que quisieran estar viendo siempre años como el pasado.

Tampoco se quejan del año, á pesar de epidemias, terremotos, naufragios, miserias y desastres, aquellos que han vivido, como el refrán dice, *la mitad del año con arte y engaño, y la otra parte con engaño y arte*.

Tengo la esperanza de que el año que acaba de entrárenos por las puertas del calendario ha de ser más abundante en cereales que su predecesor, ó miente aquel refrán: *año de heladas, año de parvas*. Es decir, que podremos llamarle: *año derecho, el besugo al sol y el hornazo al fuego*; y esto, en contraposición del *año tuerto*, para el cual tenían nuestros abuelos el siguiente aforismo: *al año tuerto, el huerto; al tuerto tuerto, la cabra y el huerto; al tuerto retuerto, la cabra, el huerto y el puerco*.

No debemos olvidar, en todo caso, para estar dispuestos á todas las eventualidades, aquello de *en año caro, harnero espeso y cedazo claro*; porque, como nos enseña otro refrán, *en año bueno, el grano es heno; en año malo, la paja es grano*.

A mayor abundamiento, hay que tener en la memoria, y practicar con equidad, lo que aconseja la sabiduría de las naciones: *cual el año, tal el jarro*; y esperar con resignación mejores días, que *al cabo de los años mil, vuelven las aguas por do solían ir*; y, sobre todo, consolarse con la idea de que *al cabo de cien años, todos seremos calvos*.

Por mi parte, he tomado mis precauciones, ateniéndome á este refrán: *adoba tu paño y pasarás tu año*, ó á este otro: *mas vale año tardío que vacío*; ó á aquel que dice: *á buen año y malo, molinero á horrelano*.

Ea, dejemos en paz al año, rogando á Dios que el año nos deje en paz á nosotros, ayudándole por nuestra parte en su tarea, á fin de que, al terminar su reinado el día 31 de Diciembre de 1886, no tenga el derecho de decirnos: «Han tenido ustedes el año que merecían.»

Parecería muy natural, tratándose de una decena que abraza todas las fiestas de Navidad y Año Nue-

vo, que el ramo de espectáculos públicos suministrase un considerable contingente á mi revista. Pues nada de eso; entre las obras nuevas (y ya con llamarlas *obras* están superabundantemente elogiadas) que se han cantado, declamado y *ejecutado* (en el sentido jurídico de la palabra) durante los últimos días en los teatros de esta Corte, no hay una siquiera digna de los honores de la crítica, bajo el punto de vista literario. En cambio, entre las *mevas* y las *viejas*, hay algunas que podrían figurar dignamente en las expendurias de vino al por menor ó en las prevenciones de distrito.

No quiero hablar más de este asunto sino para aconsejar muy seriamente á los padres de familia que, cuando quieran llevar á sus esposas é hijas al teatro, lo mediten antes, cual si se tratase de un negocio trascendental, y que antes de decidirse á ver una pieza nueva ó desconocida para ellos, en determinados teatros, empleen el mismo procedimiento que usan las señoras cuando admiten una criada nueva: *tomar informes*.

He tratado de adquirirlos respecto á la exactitud de una noticia que he leído estos días en los periódicos. Parece que se trata de suprimir la fuente de la Puerta del Sol.

Tengo un amigo concejal (que siempre es bueno tener amigos en todas partes), á quien he preguntado sobre esta cuestión *hidráulica*, y no ha podido satisfacer mi curiosidad; por lo cual juego que el proyecto, si existe, se halla en estado embrionario.

Sin embargo, *cundo suena el río* (aunque se llame Lozoya y se eleve en forma de surtidor), *agua lleva*; y puesto que la noticia de la supresión de la fuente ha corrido por todas las cañerías de la prensa periódica, y puesto que la idea de cegarla es turbia de remate, hay mucho adelantado para admitir la probabilidad de que la idea cuaje y la noticia se confirme.

No acierto á comprender qué temeroso problema de policía urbana se va á resolver con tal medida, ni qué cantidad de reales fontaneros va ganando el ornato público en este juego de aguas, ni qué utilidad puede traer para el tráfico y la comodidad de los transeúntes la desaparición de esa fuente, que á nadie perjudica en el invierno, que refresca la atmósfera en los calurosos días del verano, y que recrea la vista y alegra el espíritu en todas las estaciones.

Además, es la única fuente caudalosa que existe en Madrid y el solo surtidor de tal elevación que se ha conocido desde que existe la villa; surtidor y fuente que costaron muchos miles de duros y muchos sinsabores y trabajos á los que dirigieron las obras.

Por último, en la conservación de esa fuente está interesado el amor propio del río Lozoya, que ha centuplicado las condiciones de vida de la Corte, y que cifra su líquida é inocente vanidad, cuando arroja á los aires su soberbio penacho de plata, en mostrar á los madrileños que puede con sus aguas subir casi tanto como el vino.

El suceso más importante de la decena ha sido el acto de prestar juramento la Reina Regente ante la Representación nacional. Mas como este acontecimiento pertenece al orden político, orden para mí tan desconocido como el orden jónico ó el orden corintio en arquitectura, y como, por otra parte, la prensa toda le ha descrito hasta en sus más mínimos detalles, me creo dispensado de hablar de esta novedad, que ya habrá dejado de serlo cuando mis lectores reciban este número.

Otro tanto digo de la misa de campaña, celebrada cuatro días antes en el campamento de Carabanchel, y á la que acudió un inmenso gentío, á pesar de la distancia y de lo desahucado de la mañana.

Aunque no se lo he preguntado, supongo que toda aquella gente iba á oír misa y no á satisfacer una mera curiosidad ó á disfrutar de un espectáculo público.

No fué culpa suya si no lograron sus cristianos propósitos; la distancia no permitía oír la voz del oficiante; la niebla impedía ver el altar y las ceremonias del Santo Sacrificio.

Fué preciso resignarse á presenciar el desfile de las tropas y á comer algunos fiambres y galletas, que llevaban á prevención los fieles en las bolsas de los carruajes, en los bolsillos de los paletots, en el fondo de los cabás ó en el seno de las fiambreras.

Esto me lo ha contado Roque, que me pidió permiso para ir á Carabanchel. Por cierto que entre los

episodios que allí presencié y me ha referido, figura el siguiente:

En un corro de personas de uno y otro sexo, donde se comía salchichón de Cambridge, jamón en dulce, pavo en galantina y otras frioleras, acompañadas de algunos sorbos de vino, una señora, ya de edad, que mientras hacía honor á los manjares tenía sin duda puesto el pensamiento en los seres que han perdido un esposo, un padre ó un hermano, exclamó involuntariamente:

— ¡Qué tragos tan amargos!

— No diga usted eso, señora — contestó un caballero que acababa de escanciarla una copita de vino; — es legítimo Burdeos, y ya verá usted cómo la entona el estómago.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL

POR fin, después de tantas alternativas y vicisitudes, llegó á firmarse el armisticio entre serbios y búlgaros.

El armisticio durará setenta días.

Si los beligerantes no logran ponerse de acuerdo al redactar el tratado de paz, tendrán que avisar diez días antes de renovar las hostilidades. Si al llegar el 1.º de Marzo no se ha ajustado la paz, y los que han de suscribirla no quieren lanzarse á la guerra, esperando llegar á una avenencia, podrá prolongarse el armisticio, el cual ofrece, entre otros inconvenientes, el de que arruina á Serbia y Bulgaria, tanto ó más que una serie de batallas.

Pero Serbia y Bulgaria no son las únicas naciones perjudicadas; también lo son el Montenegro, Rumania y Grecia, cuya Hacienda no puede soportar los gastos de una paz armada.

El regreso de los príncipes combatientes á sus capitales, ha ofrecido el contraste que era fácil presumir por el resultado de la campaña. El príncipe Alejandro ha sido objeto de una entusiasta ovación en Sofía.

Las casas ostentaban vistosas colgaduras, y las campanas de todas las iglesias volteaban desde las primeras horas de la mañana.

El príncipe, al llegar al primer arco de triunfo levantado á la entrada de la ciudad, fué recibido por el prefecto, el ayuntamiento y otras corporaciones. Allí muchas señoras ofrecieron coronas al caudillo vencedor, el cual, después de oír los discursos de felicitación, se dirigió á la catedral, donde se cantó un *Te Deum*.

El vecindario de Sofía estaba enloquecido de entusiasmo.

En cambio, la recepción hecha al desgraciado rey Milano en Belgrado, ha sido, más que triste, trágica.

Contrastes y vicisitudes de la suerte.

La República francesa ha visto renovarse á su anciano presidente. El día 28, reunidas ambas Cámaras en Congreso procedieron á la elección, la cual ofreció como prólogo y como epílogo escenas tumultuosas, que estuvieron á punto de convertir el Congreso en asamblea constituyente.

Los monárquicos, como era natural, se abstuvieron de votar, y el resultado fué el siguiente: de 592 votantes obtuvo Mr. Grevy 457.

Hecha la proclamación, los radicales trataron de derribar el Ministerio, provocando una votación en que pudieran tomar parte los monárquicos.

El resultado, aunque con corta mayoría, fué favorable al Gobierno; y los radicales, al ver defraudadas sus esperanzas, prorrumpieron en palabras ofensivas á la mayoría, produciéndose una confusión y un tumulto indescriptibles.

La derecha abandona, aplaudiendo, el salón de sesiones.

El centro grita: ¡Viva la república!

A las diez y cuarenta se levanta la sesión en medio de una tempestad parlamentaria de que no hay ejemplo en la época contemporánea.

Añadamos á estas noticias de Francia algunas otras que completen el cuadro de la situación de este país vecino, con el cual mantenemos tan frecuentes é íntimas relaciones.

Es tal la miseria de la clase obrera en París, que ha motivado la presentación de una proposición muy interesante en el Ayuntamiento, cual es la de construir en el centro de los barrios más populosos un cobertizo, debidamente calentado, á fin de que, desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana, pueda servir de asilo á las personas que carecen de domicilio, y también durante el día de refugio á los infelices que carecen de abrigo.

Esta idea, que se ofrece como una novedad, es antigua en las sociedades cristianas; dígalos si no el Santo Refugio en esta Corte y otras instituciones parecidas, fruto de la caridad, que no ha olvidado ninguna necesidad de los pobres y menesterosos. A pesar de no ser nueva, no crean nuestros lectores que la idea ha brotado en la mente de un demagogo de los que componen el Ayuntamiento de París; pertenece á un miembro de la derecha, lo cual es bastante para que los amantes del pueblo le den carpetazo.

Los filántropos apelan á otros procedimientos para socorrer á los pobres. Estos días se ha celebrado en París un gran baile de *beneficencia*, en el cual los gastos han excedido á los ingresos; de modo que, en vez de proporcionar recursos á los *beneficiados*, en rigor debían considerarse como deudores del déficit.

A tan felices resultados conduce la filantropía.

El nuevo Parlamento inglés se reunirá el 12 del corriente mes.

Lord Salisbury hubiera deseado que la reina Victoria leyera en persona el discurso de la Corona, lo que no ha hecho en los últimos 10 años, pero Su Majestad no parece dispuesta á ello; su retraimiento es cada día más completo.

En la nueva Cámara que va á reunirse, los católicos se presentan más numerosos que nunca. En la anterior no contaban más que con 60 votos, al paso que ahora estarán representados en el Parlamento por 83 diputados. Con este contingente, podrán defender eficazmente los intereses católicos y apoyar las reformas que tanto tiempo ha reclaman en materia de enseñanza.

Como era de esperar, Irlanda ha elegido la mayor parte de los diputados católicos, en número de 79 á lo menos. Inglaterra ha elegido tres, que son Mr. O'Connor en una de las circunscripciones de Liverpool; Mr. Carlos Russell en la de South-Hackney, y el coronel Blundel, descendiente de una antigua familia católica del Lancashire, en la circunscripción d'Ince.

El triunfo más notable lo han conseguido los católicos en una circunscripción de Escocia, haciendo elegir á Mr. Mac-Farlane en el Argyllshire. Mr. Mac-Farlane es el primer diputado católico nombrado en Escocia desde la época de la reforma. Recordaremos, por último, que en el anterior Parlamento, fuera de los diputados de Irlanda, no había más que un solo diputado inglés que profesase la religión católica, y era Mr. Fernigham, que representaba al pueblo de Berwick-on-Tweed.

La cuestión más grave que ha de tratarse en este Parlamento es la relativa á Irlanda. El resultado ha de ser importantísimo, pues los irlandeses se hallan decididos á jugar el todo por el todo. Veremos.

Como interesan mucho á España los resultados de la guerra de Egipto, comprometido como se halla en ella el canal de Suez, que nos sirve de comunicación con Filipinas, recogeremos aquí las últimas noticias que nos transmiten los periódicos y telegramas del Cairo.

La situación de las cosas es la siguiente, según dice un corresponsal:

«Inglaterra vuelve á tener dificultades en el Sudán, y las últimas noticias recibidas del Alto Nilo han causado aquí honda impresión. Los árabes de Mohamed-el-Khan, que ha sucedido al Mahdí, han intentado sorprender el pequeño fuerte de Mongratkeh y las posiciones de Koshed, entre la segunda y tercera catarata.

«Los asaltadores fueron rechazados con grandes pérdidas; pero estos combates han demostrado que los sudaneses estaban bien armados de fusiles Remington y aun de cañones, y que han realizado grandes progresos en el arte de la guerra.

«Es preciso no olvidar que los secuaces del Mahdí han hallado en Khartum abundancia de armas y municiones, y que varios miles de soldados del ejército egipcio han ido á engrosar sus filas y á disciplinar las de los rebeldes. Las fuerzas inglesas y las del Khedive, escalonadas entre la segunda y tercera catarata, ofrecen un efectivo muy considerable. Cuando Inglaterra, después de la caída de Khartum y muerte del general Gordón, resolvió evacuar el Sudán, creyó que los partidarios del Mahdí, ocupados en sus querellas intestinas, olvidarían el Egipto, presa ambicionada por tantos conquistadores. Los ingleses pensaron que podrían abandonar la ciudad de Dongola impunemente, y fué un error. Había que decidirse, ó por conservar la importante posición estratégica de aquella capital y hacer de ella inexpugnable baluarte contra las hordas del Mahdí, ó replegar hasta Assuan, que encierra la llave de la primera de las cataratas, y desde los Faraones marca el límite extremo del Egipto propiamente dicho. Pero el Ministerio Gladstone no supo tomar ninguna resolución y cometió la falta de ordenar la retirada de las tropas á los lugares situados entre la segunda y tercera catarata.

«Algunos diarios hablan de volver á ocupar á Dongola; pero esto equivaldría á hacer una segunda expedición, y he aquí entonces á Inglaterra complicada de nuevo en el Sudán. Después de la triste experiencia de la desgraciada

campana del general Wolseley, y dada la inestabilidad del Gabinete conservador, á la merced de los pamelistas, es dudoso que lord Salisbury tome una resolución tan grave contra la que han protestado ya los liberales.»

Telegramas posteriores anuncian que los ingleses han entrado de nuevo en campaña y que el empuje de los sudaneses no ha disminuído nada con la muerte del Mahdí. Para que se comprenda lo que significa la guerra de los ingleses en el Sudán añadiremos algunos datos relativos á los gastos de dos expediciones á Suakin, expediciones malogradas, como sabe todo el mundo, y que han dañado gravemente á la gloria militar de Inglaterra.

La primera expedición estaba compuesta de 260 oficiales, 4.946 soldados y 611 caballos; fuera de los sueldos y de los gastos ordinarios del mantenimiento de estos hombres y caballos, el cuerpo de ejército costó 8.808.800 pesetas; la segunda expedición formada por 681 oficiales, 12.949 soldados y 1.811 caballos, produjo un gasto de 53.294.050 pesetas, prescindiendo de las cantidades invertidas en la construcción del camino de hierro de Berber á Souakin, el cual para nada ha servido y ni siquiera se ha terminado á pesar del gasto de 21.634.225 pesetas.

En resumen, que esta guerra inútil ha costado hasta la fecha á los ingleses, 82.000.000 de pesetas.

Y el desprestigio, que no puede apreciarse con guarismos.

Los periódicos de Italia publican la estadística oficial de los estragos del cólera en aquel país en las dos invasiones de 1884 y 1885.

«La epidemia cólerica en 1884, se manifestó en 44 provincias y 858 Ayuntamientos.

«Puede asegurarse que las provincias en que ha hecho verdaderos estragos no pasan de veinte, todas ellas de la península.

«Ha habido en junto 27.030 casos y 14.290 defunciones.

«En 1885, la epidemia visitó 27 provincias y 152 Ayuntamientos; pero puede decirse que no hubo verdadero cólera en el continente.

«La única provincia gravemente castigada por la epidemia fué la de Palermo.

«De 6.397 casos y 3.409 defunciones ocurridas en todo el reino, 5.535 casos y 2.929 pertenecen á esta provincia, la cual puede decirse que ha sido la única en sostener el choque de la epidemia.»

La estadística es muy optimista; puede calcularse que la estadística verdadera dista en un doble de la oficial.

Nuestros lectores están enterados de que existe en Dinamarca un conflicto entre las dos Cámaras, el cual se refiere entre otras cosas á cuestiones de presupuestos, á las cuales se debe que éstos no se voten con la regularidad debida.

El Gobierno acaba de presentar al *Folkething* (segunda Cámara) un proyecto de disposición adicional á la Constitución, en virtud del cual, en el caso de no llegar las dos Cámaras á un acuerdo tocante á los presupuestos, se nombrará una comisión compuesta de diez individuos del *Lansthing* y diez del *Folkething*. Esta comisión deberá reunirse inmediatamente para discutir todos los puntos sobre los cuales hayan discutido las dos Cámaras y votar que se aprueben ó que se desechen. La votación deberá hacerse para cada uno de los puntos controvertidos. La votación será secreta. Las decisiones de la comisión tendrán fuerza de ley.

Es decir, que estorba el número y se confía á pocos lo que no pueden hacer los muchos.

La instrucción pública se halla muy atendida en Méjico, según los datos que nos proporciona una correspondencia de aquella República. Dice así:

«Por datos que tengo por muy autorizados, hay en esta República unas 11.000 escuelas primarias, á las que asisten 600.000 alumnos. De estas escuelas, 9.236 están sostenidas por fondos de la Federación, los Estados ó Municipios, con 470.000 asistentes. La Sociedad Lancasteriana tiene 39 escuelas con 5.000 alumnos. Las parroquias católicas sostienen unas 1.000 escuelas con unos 100.000 niños. Las asociaciones y misiones protestantes tienen 260 escuelas con 12.000 alumnos. La Sociedad Católica 209 escuelas con 40.000 educandos.

«Varios establecimientos fabriles tienen 45 escuelas con asistencia de 4.000 discípulos. Escuelas particulares hay en la ciudad de Méjico 251, á las que concurren 16.000 niños, y en los Estados unas 500 escuelas con 11.000 educandos. Cálculase que hay en la República de 2.200.000 á 2.500.000 personas que saben leer y escribir.»

Una noticia consoladora de la América española.

A consecuencia de la Encíclica del 20 de Abril de 1884 contra la francmasonería, el presidente de Bolivia ha tomado toda clase de precauciones para preservar al ejército del contagio de la secta. La

Patria, diario de aquel país, ha descrito la grandiosa manifestación que se verificó en la capital para felicitar al jefe del Gobierno, el cual declaró su resolución de no abandonar la religión de sus antepasados, añadiendo que el Gobierno tenía el firme propósito de sostener la religión católica, y que él y el pueblo, gobernantes y gobernados, no se separarían jamás de las sanas doctrinas.

Este es el camino para hacer grandes y prósperos á los pueblos, con honra y gloria de sus gobernantes.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 30 de Diciembre de 1885.



ON las fiestas de Navidad en todo el mundo las más alegres del año, porque suelen traer consigo extraordinarias reuniones de familias, y tal vez afianzan los vínculos de antiguas amistades que parecían flojear algún tanto; pero en Roma eso de las reuniones de los individuos de una misma familia se viene observando con tal religiosidad que acusa la herencia del carácter patriarcal propio de los antiguos romanos; ¡ojalá semejante herencia se revelara en otras cosas también, pues en el día el objeto principal de esas reuniones para las fiestas de Navidad, salvando muy pocos casos, nada tiene de espiritual y religioso, pero mucho de profano y material, como es el comer juntos el famoso *pan giallo*, especie de dulce que se acostumbra á presentar en la mesa de los romanos el día de Noche-Buena! En nuestra España en estos días se habla mucho de *turrón*; cuidado que yo tomo la palabra en su sentido más grosero y común, pues para nada ha de asomar aquí la política, pero no con menor frecuencia, y en el mismo sentido material, se habla en Roma de otra clase de *turrón*, y particularmente del renombrado *pan giallo*. No entraña esto ninguna injuria para los romanos, y por cierto sentiría mucho se pretendiera sacar de aquí que el natural regocijo de los romanos en las fiestas de Navidad no ofrece en sus manifestaciones sino formas materiales y trivialísimas; únicamente he hablado de lo universal que es aquí la costumbre de comer el *pan giallo* para llegar á hacer aplicación á mi favor de la frase con que muchos en estos días á la pregunta: ¿qué novedades tenemos? contestan risueños: Nada... no hay más que pensar en el *pan giallo*. Por si acaso algún lector de LA ILUSTRACIÓN esperaba que la Carta de Roma le trajera noticias muy frescas, ya lo ve... nada en la decena ha dado de sí la política, nada ó casi nada la literatura y las bellas artes...; muy á propósito viene luego el refrán que emplean los romanos en estos días. Por lo demás el concurso que en las fiestas de Navidad se ha visto en las iglesias en donde hay nacimientos ó pesebres, nos revela bastante que en esta capital del mundo católico aun reina muy acendrada piedad y devoción hacia los augustos misterios que la Iglesia conmemora en estos días. Muchas imágenes de talla, que representan á los pastores de Belén, forman el mayor adorno de dichos pesebres; entre ellos no faltan las que atraen las miradas del artista, por ser trabajo acabado de insigne escultor; pero los romanos adonde van con mayor gusto es á Aracoeli, que, como es tan sabido, conserva el *Santo Bambino*, ó sea un Niño Jesús, que ha sido instrumento de muchos milagros, y milagrosa puede decirse su custodia en el convento de Padres Franciscanos, pues dicen que fué robado y por sí solo volvió á la iglesia de Aracoeli. Además, otra causa mueve ahora á los fieles de Roma á visitar el Santo Bambino de Aracoeli, y es el deseo de protestar contra el reciente despojo de que han sido víctima los religiosos que vivían en el convento anejo, á quienes el Gobierno italiano ha desalojado muy bruscamente, porque en donde tenían sus pobres celdas los hijos de San Francisco ha de levantarse un monumento á Víctor Manuel, que por lo elevado del sitio podrá verse desde la Puerta del Pópolo. Cabalmente en la parte del Aracoeli que va á ser derribada, estaba instalada la Comisaría española, que por de pronto ha debido trasladarse al convento *dei Santi Quaranta*; pero no deploro tal derribo sólo por los derechos que ahí tenía España, sino también porque trátase de un monumento histórico que fué algún tiempo palacio de los Papas y aun llevaba el nombre de Torre de Paulo III. El Padre Santo, al recibir en las vísperas de Navidad las felicitaciones del Sacro Colegio, lamentó otra vez lo difícil é insostenible de su situación en Roma, indicando lo que aquí trabaja la revolución para extender y con-

solidar sus conquistas en detrimento de la Iglesia, ya forjando nuevas leyes, ya pasando resueltamente á vías de hecho; los periódicos liberales, el día después, aparentaron extrañar la acusación del Papa, llegando la osadía de la *Rassegna* hasta el extremo de inculpar al Papa de blasfemo; pero el continuo derribo de iglesias y conventos en la capital del mundo católico, ¿no ha de afectar sumamente al Vicario de Jesucristo? ¡Ah! Empecé mi carta diciendo que la política nada había dado de sí en la última decena; pero hube de decir: nada que no fuera ejecutar el satánico plan que la revolución tiene formado contra la Iglesia. Hace tres días verificóse en el Campidoglio la inauguración de la estatua de Don Verità; los individuos de un círculo republicano depositaron una corona en nombre de no sé cual ciudad de los Romagnos, eterno asilo de los revolucionarios de Italia; pero, como la corona llevaba una cinta roja, las autoridades mandaron quitarla desde luego; al poco rato, un empleado del Gobierno, Sr. Maineri, pronunció un discurso violentísimo contra el Papa y la Iglesia católica; paréceme que, contra tal fogoso é irreverente orador, debíase emplear, á lo menos, el mismo celo que contra la cinta roja de la corona puesta á la estatua de Don Verità, pero no lo entendieron así los representantes del Gobierno italiano, pues no pusieron ningún reparo á las palabras del señor Maineri, hasta que, á los insultos hacía el Papa, asoció unas cuantas palabras que al escrupuloso oído de las autoridades italianas parecieron entrañar irreverencias al nombre... del Emperador de Austria...! Harto fundadas aparecen, pues, las quejas que el Papa reiteró en su último discurso al Sacro Colegio. Se comprende que en medio de tantas amarguras, León XIII haya tenido indecible consuelo, como Él mismo lo dijo en su citado discurso, al ver la augusta majestad del Pontificado Romano rodeada de deferencias y respeto en ocasión del reciente conflicto hispano-alemán. La solución de éste será publicada cuanto antes, correspondiendo á España señalar el día en que ha de verificarse simultáneamente en Madrid y en Berlín; ya se anuncia el canje de decoraciones entre los altos empleados de los Gobiernos pontificio, español y alemán, que han tomado parte en la cuestión de las Carolinas; en cambio, no tiene fundamento el rumor de que el Emperador Guillermo se propone acreditar cerca del Vaticano un embajador que represente á todo el Imperio alemán, pues el Sr. Schloetzer representa sólo á Prusia; otra vez hubo ya que desistir de tal proyecto, porque la Baviera no quiere se le quite el honor de tener á un representante suyo en la Corte del Papa, lo que no podría ser en donde hubiera un diplomático que representara á todos los Estados que forman el Imperio de Alemania.

J. M.

LOS GRABADOS

LA JURA DE DON FERNANDO IV EN LA CATEDRAL DE VALLADOLID

(Cuadro de Gisbert.)

Subió al trono este Príncipe á la edad de nueve años, bajo la tutela de su prudente y valerosa madre Doña María de Molina, que en medio de aquellas críticas circunstancias no se dejó abatir ni por la rebelión del infante D. Juan, que apoyado por el de Granada se hizo proclamar rey de Castilla y León; ni por las correrías de D. Diego de Haro, que se había posesionado de Vizcaya, ni por la defección de los Laras, que hicieron causa común con el rebelde, ni tampoco por la desleal conducta del viejo infante D. Enrique, que reclamaba para sí la tutela y regencia del reino; antes bien, convocó Cortes generales en Valladolid en 1295, que se reunieron á pesar de la oposición de este último, al cual cedió sin embargo la apetecida regencia, pero reservándose la crianza y educación del Rey. Abandonado éste por los nobles, la situación de la Reina y la tierna edad del Monarca inspiró interés á los Concejos de Castilla, que le reconocieron y juraron fidelidad.

Tal es el asunto que inspiró este cuadro, donde aparecen los personajes de que hemos hecho mención y donde se ve representada la ceremonia de la jura de los antiguos Reyes de España, acto solemnisimo que se celebraba con toda la pompa de aquellos tiempos en la casa del Señor.

VISTA DE SANTA ISABEL, CAPITAL DE LAS POSESIONES DE ESPAÑA EN EL GOLFO DE GUINEA.

Las posesiones de España en el Golfo de Guinea se componen de Fernando Póo, Corisco, Elobey, Annobón y el territorio de San Juan, que tienen 2.203 kilómetros cuadrados con 35.000 habitantes.

La más importante es la de Fernando Póo, situada en el Golfo de Biafra, á 40 kilómetros de la costa de África en el hemisferio boreal. Es un poco menor que Vizcaya, y se halla cubierta de lozana vegetación y magníficos bosques; pero su clima es enervante y funesto á los europeos. La cruz de

N. á S. una cordillera cuyo pico más elevado se encuentra á 2.800 metros sobre el nivel del mar, altura que supera á las más elevadas de Sierra de Grados. Sus habitantes son de raza negra; y en una hermosa bahía, en la costa septentrional, se halla la ciudad de Santa Isabel, residencia del gobernador.

Las islas de Annobón y Corisco, situada la primera en el hemisferio S., y la segunda en el Corcol, son muy pequeñas (17 y 14 kilómetros cuadrados), y habitadas por negros (2.000 en la primera y 1.000 en la segunda).

Hoy tienen mucho interés estas posesiones por haber puesto la codicia de las grandes potencias sus ojos en el territorio del África inexplorada.

FUNERALES REGIOS EN SAN FRANCISCO EL GRANDE.

Han sido tantas y tan minuciosas las descripciones que se han publicado de estos actos, que nos parece inútil añadir aquí otra nueva.

Por lo demás, el grabado es muy bueno y da perfecta idea, así de la ceremonia como del conjunto que ofrecía la célebre rotonda de San Francisco, tan artística y lujosamente restaurada por la obra pía de Jerusalén, que lleva gastados en ella muchos millones.

ENCÍCLICA

CONCEDIENDO EL JUBILEO EXTRAORDINARIO

dada por

NUESTRO SANTISIMO PADRE POR LA DIVINA PROVIDENCIA

LEÓN XIII PAPA

Á NUESTROS VENERABLES HERMANOS, PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y Á TODOS LOS ORDINARIOS EN GRACIA Y COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA.

LEON XIII PAPA

VENERABLES HERMANOS
SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA



La concesión que con Nuestra Apostólica Autoridad una y otra vez hemos determinado hacer para que en todo el mundo cristiano se disfrutase de un año sagrado excepcional, en el cual se pueden recabar para la salud y el bien público los inagotables tesoros de los dones celestiales, cuya distribución está en nuestra potestad conceder, plácenos decretarla con el favor de Dios para el próximo año venidero. La gran utilidad de esta Nuestra concesión, no se os puede ocultar, conocedores como sois del estado actual de los tiempos y de las costumbres; pero además hay ahora especiales razones para que resalte más su oportunidad en estos momentos, y es que habiendo en Nuestra anterior Encíclica hablado largamente acerca de los pueblos, de cuánto interesa á todos ellos el que se aproximen cada vez más á la posesión de la verdad como al planteamiento del régimen cristiano, puede comprenderse cuánto ha de favorecer á Nuestro propósito el que estimuléis por cuantos medios os es permitido á los hombres á que abracen la práctica de las virtudes, y vuelvan á ella los que la hubiesen olvidado. Una nación es tal cual la forman las costumbres de los ciudadanos; y de la misma manera que la bondad y consistencia de un navío ó de un edificio depende de la bondad y buena colocación de sus partes, así también el equilibrio de las fuerzas sociales no estará seguro ni permanecerá sin quebranto, si cada uno de los ciudadanos no sigue un género de vida de recta moderación. La disciplina social con todo cuanto es preciso para el desarrollo de la vida pública perece y se muda en aquello que del hombre depende, ya que el hombre suele retratar en estas cosas la índole de sus opiniones y costumbres. Así, pues, para que todos se imbuyan profundamente en estas Nuestras exhortaciones, y sobre todo para que calquen sobre ella su régimen de vida, debemos esforzarnos en que se acostumbren á gustar de que les tengan por cristianos, y de obrar como tales cristianos pública y privadamente.

Y tanto más esfuerzo hay que poner en ello, cuanto más numerosos son los peligros que surgen de todas partes. No en pequeña parte han cedido aquellas grandes virtudes de nuestros padres; las pasiones, que de por sí tienen ya gran fuerza, la han adquirido mayor con la licencia: la locura de las opiniones, no comprimida por ningún freno, ó limitada por frenos insuficientes, se difunde cada vez más: muchos de los que sienten rectamente, atemorizados por un pudor mal entendido, no se atreven á confesar lo que sienten, y mucho menos á ponerlo en práctica: la fuerza de los ejemplos perniciosos influye de mil modos en las costumbres populares: las sociedades de hombres no honestas, designadas ya otras veces por Nós, duchas en artes vergonzosas,

se han impuesto al pueblo y en cuanto pueden procuran apartarle y enajenarle de Dios y de sus santas leyes.

Bajo la pesadumbre de tantos males, que hace mayores su misma duración, no hemos de preterir ningún punto que traiga alguna esperanza de remedio. Con este acuerdo y con tal esperanza Nós anunciamos el sagrado Jubileo, debiendo ser avisadas y exhortadas cuantas almas ansien por la salud del alma, para que se recojan por algún tiempo y conviertan á cosas mejores sus anhelos, apegados hoy á la tierra. Lo cual no sólo ha de ser saludable para las cosas privadas, sino para todo lo de la república, porque cuanto adelantase cada cual en la perfección de su ánimo, otro tanto habrá de ganancia para la honestidad y la virtud en la vida y costumbres públicas.

Y con esto veis, venerables hermanos, que el éxito deseado del asunto, en gran parte está puesto en vuestro celo y diligencia, siendo necesario cuidadosa y estudiosamente preparar al pueblo para que pueda recoger los frutos que se propongan. Será, pues, cargo de vuestra caridad y sabiduría confiar este negocio á sacerdotes escogidos para que instruyan á la muchedumbre con piadosos sermones adecuados á la comprensión de la generalidad, y que principalmente le estimulen á la penitencia, que no es otra cosa según San Agustín, que *una mortificación cotidiana de los buenos y humildes fieles, en la cual nos golpeamos el pecho, diciendo: perdónanos nuestras deudas*¹.

La Penitencia, parte de la cual consiste en la mortificación voluntaria del cuerpo, no sin motivo la hemos puesto en primer término. Vosotros conocéis las costumbres del siglo; gusta á muchos vivir delicadamente y no hacer nada con ánimo viril y grande. Los cuales cayendo en muchas otras miserias, ya excogitan motivos para no someterse á las saludables leyes de la Iglesia diciendo que son carga demasiado pesada para ellos, como el abstenerse de cierto género de manjares ó el observar el ayuno unos pocos días del año. Enervados por esta costumbre, no es de maravillar si poco á poco se entregan todos á sus propios apetitos, que piden más. Así, pues, propensos al vicio, decaídos los ánimos por la molición, conveniente es llamarlos á la templanza; por lo cual, los que hayan de hablar al pueblo, enséñenle diligente y claramente que no sólo por la ley evangélica, sino por razón natural, se manda que cada cual se domine á sí mismo y conviene que se tengan en frenados los apetitos — y que los delitos no se purgan sin penitencia. — Y no fuera de propósito hemos de apelar á esta virtud de que hablamos, para que dure, confiándola á la tutela y guarda de una institución estable.

Fácilmente entenderéis, venerables hermanos, á qué se refiere esto, que es á que perseveréis en proteger y propagar en vuestras respectivas diócesis la Orden tercera de San Francisco, que llaman *seglar*; pues para conservar y mantener el espíritu de penitencia en la muchedumbre cristiana, mucho han de valeros, sobre todo, los ejemplos y la gracia de San Francisco de Asís, que juntó con su inocencia de vida el deseo de sufrir y mortificarse; que no sólo retuvo la imagen de Jesús Crucificado en su vida y costumbres, sino que los llevó en signos divinamente impresos. Las leyes de su Orden, las cuales oportunamente hemos atemperado, son bastante suaves para ser soportadas, y tienen no poca importancia para la virtud cristiana.

Después también, ante tantas necesidades públicas y privadas, y cuando está en el patrocinio y tutela del Padre celestial toda esperanza de salud. Nós deseamos en gran manera que reviva el deseo constante de orar unido con la confianza. En los tiempos de la república cristiana, cuántas veces aconteció á la Iglesia verse oprimida, ya por externos peligros, ya por calamidades y por incomodidades interiores. Nuestros predecesores, elevando los ojos al cielo, enseñaron con gran razón de dónde convendría sacar la luz del espíritu, de dónde la fuerza de la virtud y los auxilios necesarios á tales tiempos. Tenían pues, profundamente en la mente aquella exhortación de Jesucristo: *pedid y se os dará*²; conviene orar siempre y no desfallecer³. A lo que añade la voz del Apóstol: orad sin intermisión; os ruego que ante todo hagáis plegaria, oraciones, peticiones y acciones de gracia por la salud de todos los hombres⁴; á lo cual no menos oportunamente responde aquello que escribe San Juan Crisóstomo, á saber: que de la misma manera que los hombres cuando vienen al mundo desnudos y faltos de todo, les da manos la naturaleza, con cuyo auxilio puedan adqui-

¹ Epist. 108.² Malth. VII, 7.³ Luc. XVIII, 1.⁴ I Thersal, V, 17.

rir las cosas necesarias para la vida; así, en aquellas cosas que están sobre lo natural, no pudiendo el hombre hacer nada por sí, hay amplia facultad de orar á Dios, de lo cual obrando sabiamente puede alcanzar fácilmente todo cuanto necesite para la salud del alma y del cuerpo. Inducido por estas consideraciones, Venerables Hermanos, cuán grato Nos ha de ser vuestro cuidado en propagar la devoción del Santo *Rosario* principalmente en estos últimos años, de que hemos sido Nós el fundador. No hemos de pasar en silencio la piedad que con ella parece despertarse en todas partes entre el pueblo, y es menester mirarla con atención para que se inflame más y más y se continúe con perseverancia. Insistimos una y otra vez sobre esto, y una y otra vez lo recomendamos, no siendo de admirar tal insistencia porque todos sabéis cómo florece entre los cristianos la práctica del *Rosario Mariano*, y conocéis perfectamente que esa práctica es la fiel expresión de ese espíritu de oración de que acabamos de hablar, su más bella forma, conveniente cual ninguna en todos tiempos, tan sencilla en el terreno de la obra como abundante en beneficios.

Y como quiera que el primero y principal fruto que debe alcanzarse del Jubileo es la enmienda en las costumbres y la aproximación á la virtud, juzgamos necesaria la expulsión de aquellos males que ya en nuestra anterior Encíclica enumerábamos. Apenas puede expresarse con cuánto daño de las almas disuelven y relajan los vínculos de la caridad las discordias intestinas y domésticas; razón por la cual os recordamos de nuevo en este lugar, Venerables Hermanos, celadores y guardas de la disciplina eclesiástica y de la caridad mutua, Nuestro deseo de que empleéis constantemente vuestra vigilancia y vuestra autoridad en corregir tan graves calamidades. Aconsejando, exhortando, reprendiendo debéis procurar que todos estén atentos á conservar el espíritu de unidad en vínculos de paz, para que vuelvan á la observancia de las santas leyes los que hayan provocado discordias, recordando siempre aquellas palabras que el Hijo de Dios Unigénito pronunció al aproximarse el momento terrible de la crucifixión, y en las que nada con tanta vehemencia pedía á su Padre como el que se amasen unos á otros todos aquellos que creían en El, *para que todos sean uno*, al modo que tú, Padre, en *mi y yo en ti y ellos en nosotros sean uno* ¹.

Así, pues, confiados en la misericordia de Dios Omnipotente y en el auxilio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, con la facultad de atar y desatar que Dios Nos otorgó, aunque indigno de ella, á todos los fieles de uno y otro sexo concedemos plenísima indulgencia de todos los pecados en foma de Jubileo general, con aquella condición y ley sin embargo, de que en el próximo año de 1886 se practiquen las obras que á continuación indicamos.

Aquellos que están vecindados ó domiciliados en Roma deberán visitar dos veces la Basílica Lateranense, la Vaticana y la Liberiana; en estas visitas elevarán á Dios sus plegarias, pidiéndole por la prosperidad de la Iglesia católica y exaltación de la apostólica Sede, por la extirpación de las herejías y conversión de los pecadores, por la concordia entre los príncipes cristianos, y por la paz y unión de todos los fieles, según Nuestra intención. Ayunarán dos días con abstinencia de carne, exceptuados de los días no comprendidos en la indulgencia cuaresmal, y aquellos que ya vienen señalados como de ayuno por las leyes de la Iglesia. Después, previa la buena confesión de los pecados, tomarán la Sagrada Eucaristía, y cada cual según su facultad, consultándolo con el confesor, destine alguna limosna á alguna obra piadosa que se refiera á la propagación y aumento de la fe católica. Dejamos entera libertad para que cada cual opte por la suya; sin embargo, juzgamos conveniente indicar dos, en las cuales estará perfectamente empleado el óbolo de la beneficencia, como provechoso á muchas poblaciones necesitadas de socorros y protección, y otro á la sociedad no menos que á la Iglesia, á saber: las escuelas privadas de niños, y los seminarios diocesanos.

Los que viven fuera de esta ciudad visiten tres templos que han de ser designados por vosotros, Venerables Hermanos, ó por vuestros Vicarios ó por vuestro mandato ó el de éstos por los que ejerzan la cura de almas dos veces; si hubiese tan sólo dos templos, tres veces, y si sólo un templo, seis veces: asimismo deberán practicar todas las obras que arriba se indican.

Queremos que la indulgencia se aplique en sufragio de las almas de los que murieron unidos á Dios en caridad.

Os facultamos para que podáis reducir el número de visitas según vuestro prudente criterio para los Cabildos y Congregaciones, tanto de seculares

como de regulares, las hermandades, cofradías, universidades y colegios cualesquiera siempre que las hagan procesionalmente.

Concedemos que los que se hallan navegando ó en viaje luégo que lleguen á su casa ó á punto de parada adecuado, puedan alcanzar la indulgencia visitando seis veces el templo principal ó parroquial, y practicando las obras ya dichas. Para las personas de uno y otro sexo de algún orden regular, aun las que permanecen siempre dentro del claustro, así como para algunas otras tanto seglares como eclesiásticos, que se hallen impedidos en la cárcel, por enfermedad, ó por cualquier otra causa justa, que no pueden practicar aquellas obras, ó sólo algunas de ellas, concedemos que el confesor pueda sustituirlas por otras obras de piedad, supuesta ya la facultad de dispensar de la comunión á los niños que aun no han hecho la primera. Finalmente concedemos á todos los fieles, tanto seglares como eclesiásticos, seculares ó regulares, de cualquier orden ó Instituto, aun los más especiales, facultadas para que puedan elegir confesor á cualquier presbítero, secular ó regular; facultad de que pueden usar las monjas, novicias, y todas las mujeres que moran dentro del claustro, con tal que el confesor esté aprobado para serlo de monjas. A los confesores en tal ocasión y durante el tiempo del Jubileo, les concedemos todas aquellas facultades que concedimos por nuestra Bula *Pontifice Maximi*, expedida el 15 de Febrero de 1879, y con las mismas excepciones que en ella se hacen.

Por lo demás, procuren todos merecer el agrado de Dios por medio de su culto y servicios esmerados, y sepan que ponemos este Jubileo bajo el patronato de la Virgen del Rosario, y siendo ella nuestra auxiliadora, confiamos en que, lavados los pecados de todos los que vengan á él, se renovará la fe, la piedad y la justicia, no sólo como una esperanza de eterna salud, sino también como feliz augurio de los pecadores venideros.

Como augurio de tales beneficios celestiales y testimonio de Nuestro paternal afecto, os damos á vosotros, á todo el clero y fieles nuestra amantísima bendición apostólica.

San Pedro de Roma 22 Diciembre de 1885, año octavo de nuestro pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

AÑO NUEVO



Un año más!

Así hablamos los hombres al entrar en un nuevo año.

Y nos regocijamos; y festejamos el día; y obsequiamos á nuestros deudos y amigos, celebrando la común dicha de tener un año más.

Bien miradas las cosas, sería más exacto decir: ¡un año menos!

Y más conforme á nuestra naturaleza deleznable y pecadora, sentir pena y dar señales de ella al terminar cada uno de los años de nuestra vida.

El año que pasa nos muestra lo fugaz del tiempo; lo vano de las riquezas y de los placeres; lo falso de las esperanzas; lo real de los dolores y lo inevitable y próximo de la muerte.

He vivido un año; es lo mismo que decir: He andado trescientos sesenta y cinco pasos más hacia la tumba.

¡Y por esto muestran bullicioso regocijo, precisamente los hombres á quienes más espanta y debe espantar la idea de la muerte!

¿Por qué te alegras, infeliz? El año que espira ¿ha sido para ti abundante en prosperidades? Temé que lo sea en dolores el que comienza. ¿Ha sido estéril y desgraciado? Nadie te asegura que el nuevo no lo será más todavía y no añadirá dolor á dolor.

¿Te alegras porque amas la vida y la deseas larga? El año que termina, no volverá jamás, y el que empieza no te promete que verás su fin.

Tu camino, de todas suertes, es ya más corto, y más limitado tu horizonte.

Burla, burlando han venido los nuevos años, siempre á regocijarnos con sus esperanzas y promesas; pero se han ido llevándose ilusiones, bienes, seres amados: añadiendo á nuestra persona, el uno un desengaño; el otro una cana; el otro una arruga: dejándonos dolores y achaques, aquéllos; llanto y soledad éstos, y todos vacío inmenso en el alma.

El año nuevo viene además, á convencernos de la pequeñez de nuestras fuerzas; de la inconstancia de nuestras resoluciones; de lo miserable de nuestra virtud.

En el anterior dijimos: «año nuevo, vida nueva;» conociendo que nos faltaba mucho para vivir bien. Vefamos claro que teníamos ciertos defectos, aunque difícilmente los deja ver el amor propio; conocíamos que nos dañaban de varia manera; nos hallábamos sujetos á pasiones atormentadoras y fecundas en males; conocíamos las ajenas, que debían hacernos discretos y precavidos para evitar sus efectos: y el nuevo año nos sorprende en los mismos ó mayores riesgos; con los mismos ó mayores daños; con la misma ó peor condición y carácter; con idéntico ó más censurable género de vida.

La experiencia no nos sirvió de nada. Hemos malbaratado el tiempo que Dios nos dió.

¡Qué pérdida la del tiempo! Como dicen los místicos y moralistas, es la más sensible de todas, porque es la más irreparable. La riqueza, la salud, la honra; todo lo que los hombres tienen y pueden perder; todo puede recobrase ó repararse de alguna manera: el tiempo perdido, de ninguna manera se repara ni se recobra.

Algunos se engañan miserablemente aun en esto, creyendo que hoy puede hacerse más de lo necesario para compensar lo que no se hizo ayer. ¡Ilusión! Cada día, cada hora, cada instante tienen su valor y su oficio propios, y no pueden hacer nada por los que pasaron ni por los que vendrán.

El tiempo realmente perdido es absolutamente imposible repararlo. Ni el poder divino puede hacer que no haya pasado el día que pasó, ni que yo haya hecho en él lo que no hice.

Y sin embargo, no hay cosa que los hombres perdamos con menos pena, con más indiferencia, y hasta con más gusto que el tiempo. Los españoles tenemos la frase «hacer tiempo» para expresar por antífrasis, que lo perdemos. Estoy haciendo tiempo, suele querer decir: «no estoy haciendo nada.»

Al fin del año, deberíamos pensar muy seriamente en esto. ¡Cuántas cosas pude hacer y no hice! ¡Cuántas, por el contrario, hice que no debía! ¡Cuántos días serenos, como no sé si volverán en todo lo que me dure la vida, pude emplear provechosamente! ¡Cuántas ocasiones de obrar bien; de ejercitar la paciencia y la caridad! ¡Cuánto tiempo perdido!

Hombres habrá que en todo el año no hayan hecho una cosa buena, ni empleado bien una hora. Muchos esclavos del vicio, ó engreídos con la riqueza, ó entregados á las disipaciones y al regalo, ó petrificados por la inacción, el abandono y el ocio, habrán dejado pasar el año sin acordarse de que hay pobres y necesitados; de que tienen familia que educar y dirigir, y patria y sociedad que auxiliar; de que tienen alma nacida para cosas más grandes que amontonar oro y recibir adulaciones; de que el tiempo pasa y la muerte se acerca, y la eternidad se presenta á la vista.

Y estos infelices festejarán el año nuevo, y se cambiarán tarjetas y felicitaciones, diciendo: ¡sea enhorabuena!

¿De qué ó por qué? ¿Por tener un año más de faltas y de errores y de delitos, y uno menos de vida? ¡Donosa enhorabuena por cierto!

Si los hombres fueran reflexivos, deberían en tales casos darse el pésame. Son comerciantes arruinados, que al hacer el balance de fin de año, encuentran mermaidísimo el *haber* y enormemente aumentado el *debe*.

«La vida, corta; la cuenta, larga;» dice la frase cristiana.

Por eso, los únicos que deben alegrarse al terminar un año, son los que encuentran la cuenta bien arreglada: el *Debe* muy disminuído, y aumentado el *Haber*.

No puede nadie aumentar el número de sus días ni de los días de un año; pero los días llenos dan una riqueza inmensa que dura toda la eternidad.

Un año bien empleado vale incomparablemente más que un siglo mal empleado ó perdido.

¡Con qué gozo mirará el principio de un año el que granjeó bien el anterior! La casa segura; la despensa provista; llenas las bodegas; repletos los graneros, mira sereno el labrador al invierno que se acerca, y no le acobardan los hielos ni las lluvias; y su familia no temerá la nieve, porque toda su gente tiene las vestiduras dobladas ¹.

¿Qué importa que los años pasen, y la juventud

¹ Q. XVII, 21.

¹ Prov., cap. XXXI, vers. 22.

POSESIONES ESPAÑOLAS EN ÁFRICA.



VISTA DE SANTA ISABEL, CAPITAL DE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS EN ÁFRICA.

huya, y la vejez se acerque, á quien empleó bien el tiempo, y sabe que el mundo es sombra, y fantasma la vida, y no pone su amor en las cosas terrenas?

Teman la vejez, la enfermedad y la pobreza, los que ponen su gloria en la hermosura, en el poder, en la vanidad; lloren por el rápido curso del tiempo los que sólo viven para goces que se van con él, para grandezas que él destruye, para bienes fugaces que él arrebatara, para amores inconstantes y pasajeros que él marchita. Las almas verdaderamente grandes; las que aman y buscan lo perfecto, lo eterno, lo infinito, no lloran porque el tiempo se va, sino porque no se va más rápidamente; y con voz que asombra al mundo, exclaman: — ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro!

¡Dame, Señor, una centella de ese amor poderoso, de ese amor incontrastable y avasallador que no espera en cosas caducas y todo lo arrostra por sus inmortales esperanzas!

..

Siempre es temerosa la muerte; pero todos los días lo vemos: los justos que viven pensando en ella, y disponiéndose para el largo viaje, la miran venir tranquilos, y aun la reciben gozosos, como galardón esperado y suspirado bien.

En ellos, «he vivido un año más» significa: «he andado trescientas sesenta y cinco jornadas más hacia la patria.»

¡Alegraos, sí, vosotros, en el año nuevo! Os queda uno menos que sufrir; uno menos de lucha y de peregrinación y de destierro. Alegraos: la patria está ya cerca.

Alegraos, sí, valientes soldados. El año que espira os llenó de méritos y de derechos para cuando paséis las fronteras. Vuestro pobre y roto traje de campaña será trocado por un manto de púrpura; el ejército ya victorioso que os precede, os acogerá con transportes de entusiasmo y el Rey os coronará de laurel y os sentará entre los príncipes y grandes de su reino eterno.

..

¡Eterno! ¡Qué palabra está! Dicen los escritores ascéticos que ella sola ha producido muchísimos santos.

¡Eterno! ¡Sin fin! Nos parece mucho un año, un lustro; nos parece larguísimo un siglo, y se acaban muy pronto. Y todos los días del hombre, y del mundo; y todos los hechos de la historia; y todo el formarse y crecer y morir de los pueblos, las razas, los Imperios y las civilizaciones que nos han precedido; todo ese tiempo que nos parece sin medida, todo ha sido un día, un instante: *ha sido*, es decir, pasó; no es.

Y si suponemos una duración de tiempo de tantos millones de siglos como gotas de agua tiene el mar; y muchísimo más todavía: cuanto la razón alce y las matemáticas cuenten ó puedan contar en millones de millones de siglos, todo ello sería menos que un soplo comparado con la eternidad; todo ello acabaría, y, acabado, no sería nada; como no lo habría sido una duración igual que supongamos anterior á este instante, y que en este instante terminara. Y como si se tratase del día de ayer, todo lo expresaríamos con estas palabras: *acabó ya*; pasó; no es.

Y la eternidad no habría sufrido el más pequeño menoscabo ni merma. Su imperio sin límites se extiende sin sujeción ni relación con el tiempo.

Sin principio ni fin, Dios sólo es eterno. Estos cielos, esta tierra, este sol, envejecerán como un vestido y perecerán, mientras Dios, siempre el mismo, permanece y permanecerá eternamente... y más allá.

De su eternidad participarán todas las cosas que creó, y que no serán aniquiladas, sino purificadas y renovadas: *Coelum novum et terram novam*; y participará muy especialmente esta alma humana, criada para la verdad infinita y el eterno amor.

¡Qué destino! ¡Qué grandeza tan incomparable...!

..

Alegraos, pobres humanos, y bendecid el tiempo, camino para la eternidad.

Alegraos, porque el Señor de la vida y de la

muerte os concede ver un nuevo año. ¿Empleasteis bien el que espiró? Mirad éste como premio que os da su amor para alentaros á mayores empresas. ¿Tuvisteis la desdicha de emplearlo mal? Mirad el nuevo como plazo que os deja su misericordia para que os hagáis dignos de premio.

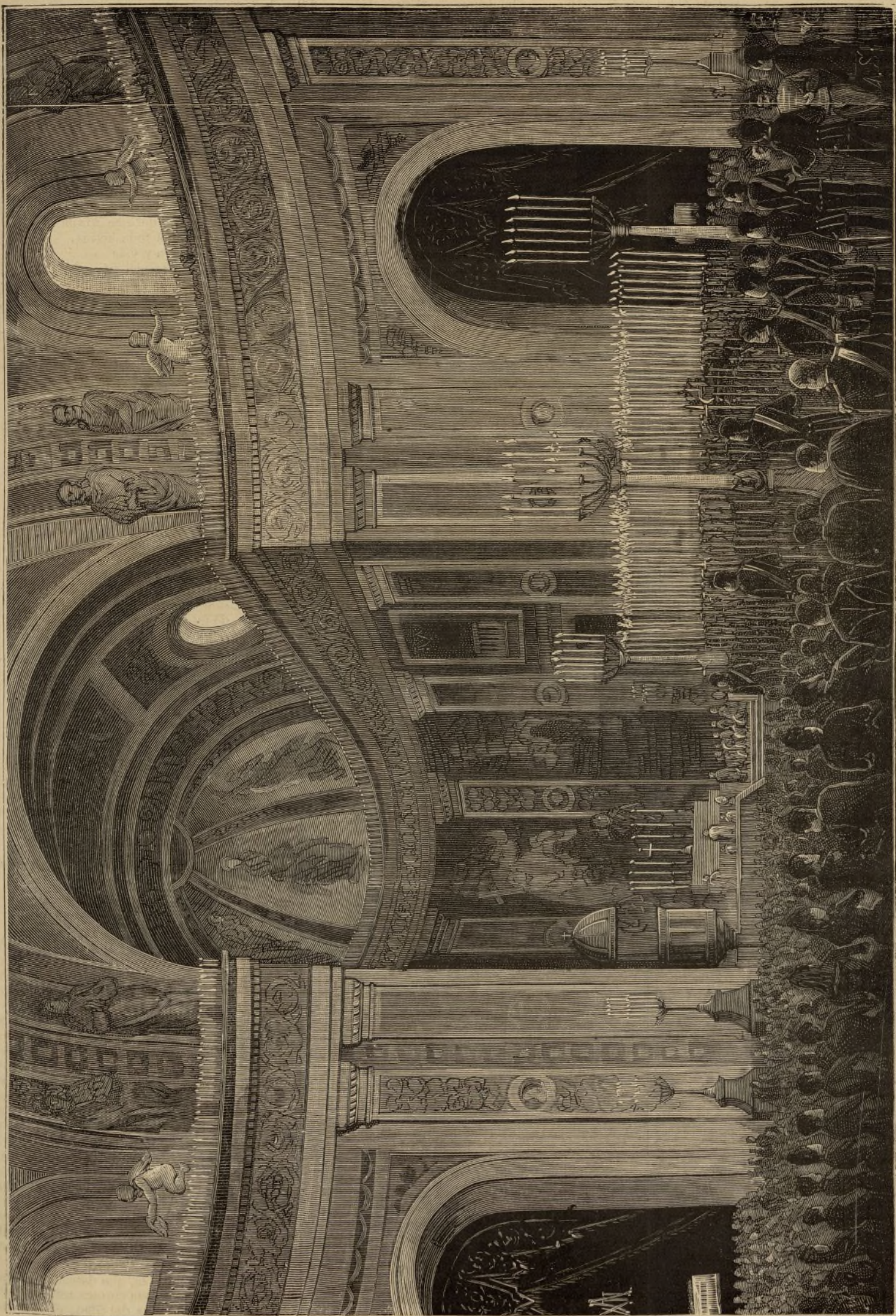
FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO.

LAS AVES

SE ha celebrado en Viena poco ha un Congreso ornitológico, que ha estudiado principalmente los medios para proteger á las aves de los campos, conjunto de providenciales protectores de los sembrados y legión de implacables enemigos contra los voraces insectos que minan las plantas chupando sus raíces, beben la fecundante savia de los árboles, destrozan la yema antes de convertirse en flor, y agostan la flor para que no se trueque en fruto nutritivo y sabroso. Entre esos auxiliares alados del agricultor, los más diminutos son generalmente los más intrépidos, más útiles los más desdenados, y más serviciales los perseguidos con mayor ensañamiento.

El mochuelo y el buho, víctimas en muchas ocasiones del furor de los campesinos, que los clavan en las puertas con las alas tendidas, devoran á millares los ratones de los campos, los musgaños y los murciélagos. El cuervo, no exento de responsabilidades, ciertamente, inmola saltamontes, langostas y roedores de todo género. El cuclillo consume orugas sin cuento y lombrices, que desentierren con las patas y el pico. La verdosa curruca aniquila sin tregua pulgones y cecidionias del trigo; el aguzanieve limpia de voraz insecto los granos de los cereales, y la canora alondra come orugas y langostas sin interrumpir sus alegres cantos.

Cierto que los tordos picotean algunas uvas, mas también protegen las vides contra los caracoles y babosas. Las correderas, los escarabajos, la altisa,



FUNERALES REGIOS EN LA IGLESIA SAN FRANCISCO EL GRANDE DE ESTA CORTE.

los abejorros, la estípula de la avena; la polilla de los trigos, los gusanos y huevos de las hormigas, tienen por enemigos jurados á numerosas avencillas, algunas de las cuales, á imitación de las golondrinas, cogen los insectos al vuelo. El estornino devora 300 babosas al día, y no acabaríamos si hubiésemos de citar todas las aves que libran de enemigos á las plantas y ganan sobradamente los granos de trigo, de cebada y de centeno, ó los yeros, algarrobas y cañamones con que se regodean.

Está, pues, sobradamente justificado el empeño de estudiar la manera de proteger á los pájaros, que se ha manifestado en el Congreso ornitológico. Precisamente por doquiera se nota un verdadero furor por destruir las más beneficiosas especies de volátiles. La glotonería y la moda se han puesto de acuerdo hace tiempo para tan diabólica faena. Empléase todos los años un considerable número de plumas en adornar los sombreros, y de ahí la implacable caza á las aves indígenas y exóticas.

Los martin-pescadores, las chotocabras, los pitirrejos, las currucas, los estorninos, los pinzones, los jilgueros y otras especies, caen á millares en las asechanzas ó bajo el mortífero plomo. A unos se les arrancan las vistosas plumas, á otros el blando edredón, y de ahí que vayan desapareciendo de las campiñas y de las playas los hermosos pájaros que un día los alegraron con sus cantos ó con los hermosos colores de sus plumas. Ni es menos implacable la cocina que la moda. La perdiz busca refugio en agrestes y ásperos sitios; la avutarda se aleja de nuestro clima; las becardas, los ánades, las codornices, las cercetas, los chorlitos y las alondras pagan anualmente sabroso tributo á los *gourmets*, y hasta los nidos ocultos en el ramaje de los bosques son objeto de especulación, y destruidos ó espoliados, no por muchachos traviesos solamente, sino también por hombres ganosos de convertir en dinero los delicados huevecillos.

¿Cómo evitar esa devastación? El Sr. Oustalet propone la multiplicación de los nidos artificiales y la apertura de agujeros en las paredes de casas, jardines y huertas, y en los mismos árboles, para que sirvan de refugio á los pájaros insectívoros; así, en lugar de «las paredes oyen», podría decirse: «las paredes cantan.» ¿Atribuirán nuestros agricultores á las precedentes observaciones la importancia agrícola que realmente tienen? ¿Llegarán á ocuparse en proteger á los pájaros? Bueno fuera ciertamente; pero dudamos que se extiendan á otras aves el respeto que los labriegos profesan á las cigüeñas y á las golondrinas.

(De *La Voz de Guipúzcoa*.)

MEDITACIÓN

Tranquila está la noche,
sereno el firmamento;
duerme en la selva el viento,
duerme en silencio el mar;
Y del triste horizonte
la luna se levanta,
como plegaria santa
desde fúnebre altar.

Remóntate, alma mía,
también en manso vuelo,
por ese limpio cielo
de estrellas y zafir;

Y cruza de los astros
la inmensa muchedumbre,
los piélagos de lumbre
de tormentoso hervir.

Espíritus angélicos
te prestarán sus alas,
sus rozagantes galas,
sus cánticos de amor.

Y en dulce arrobamiento,
salvando los espacios,
reposa en los palacios
del Sumo Criador.

Yo te adoro, bien mío:
yo creo firmemente
que estás aquí presente,
dentro y fuera de mí.

Te he visto en las alturas,
te veo en los abismos,
y en mis latidos mismos
tu palpitante sentí.

Tú dijiste, y fué el mundo,
surgiendo de la nada;
su vida es tu mirada,
tu voluntad, su ley.

Tus brazos lo sustentan,
tu corazón lo absorbe:
das un paso, y el orbe
se inclina ante su rey.

Aterras cuando enciendes
y apagas luminaires,
que giran á millares
de soles en redor;

Me espantas cuando crujen
y tiemblan las montañas,
si el fuego en sus entrañas
serpea atronador.

Y no menos me abisman
los abreviados mundos,
donde átomos fecundos
se gozan en vivir;

Y en una sola gota
tienen campos y flores,
y batallas y amores
en rápido bullir.

Si en lo mínimo asombras,
y en lo máximo espantas,
en medio á glorias tantas,
y tanta majestad,

Tu vida es un latido
de amor, y amor tu esencia,
amor tu providencia,
tu gozo caridad.

Tú calmas el anhélito
de toda criatura;
y sólo es hermosura
la lumbre de tu amor,

Que el trono del emperador,
los astros rutilantes,
los átomos errantes
circunda en esplendor.

Y rotas en torrentes
de amor las cataratas,
sobre el hombre desatas
el pecho paternal.

Diríase que agotas
el corazón deshecho,
por ablandar su pecho
de seco pedernal.

En el Edén le diste
morada transitoria,
y tu manto de gloria
por abrigo y dosel.

Con tus ojos parece
que sus ojos codicias,
y han sido tus delicias
morar siempre con él.

«¡Señor! ¡Señor!» te dicen
la aurora en dulce llanto,
las aves con su canto,
las fieras al bramar,

Los volcanes que asordan,
los vientos que batallan,
los rayos cuando estallan,
y, alzando el pecho, el mar.

Los que tu trono cercan,
ángeles y querubenes,
en refulgentes nubes
de nácar y carmín,

Te aclaman: «¡Santo! Santo!»
pulsando el arpa de oro;
«¡Santo!» no más, el coro
en que arde el serafín.

Y sólo entre los seres,
hechura de tu mano,
predilecto el humano,
«¡Padre!» te llama á Ti.

Y ese nombre inefable
tú en mis labios lo pones:
en las dulces lecciones
de Jesús lo aprendí.

Que no en tronante carro,
ni en lluvia de centellas,
ni triturando estrellas
buscas mi corazón;

Sino en fragantes auras,
y arrebol y rocío;
llamándome: «¡Hijo mío!»
gozando en el perdón.

Tanto amor paga el hombre
con ofensa infinita.

Luzbel lo precipita
por abismos sin luz.

Y del cielo desciende
por redimirle, el Verbo:
toma forma de siervo,
muere en muerte de cruz.

No hay más allá.—¿Qué digo?
su amor omnipotente
confundirá mi mente
con prodigio mayor.

Dios sube al cielo, y queda
vivo aquí, en sacramento,
y entrega por sustento
su carne al pecador.

—«Venid á mí», nos dice,
los que gemís en llanto:
dolores y quebranto
también yo conocí.

«Puerto del que zozobra,
bálsamo en toda herida,
resurrección y vida
sólo hallaréis en mí.

«No sucumbáis al peso
de tanta y tanta ofensa:
misericordia inmensa
guardo al pobre mortal.

«Venid, que en vuestra casa
no hay mayor regocijo,
que cuando llama el hijo
pródigo en el umbral.

«Soy Pastor que abandona
por la oveja perdida
toda la grey, y olvida
por ella mil y mil;

«Y hasta encontrarla, cruza
breñas, cumbres y faldas,
y en sus mismas espaldas
la conduce al redil.

«No doy mi cuerpo al ángel,
ni en mi sangre lo anego:
sólo el honor entrego
de mi alma al hombre infiel.

«Y el que mi cuerpo y sangre
dignamente recibe,
en mí reposa y vive,
en mí mora, y yo en él.»

Tranquila está la noche,
sereno el firmamento:
duerme en la selva el viento,
duerme en silencio el mar.

Desata, Padre mío,
mis terrenales lazos,
que yo sólo en tus brazos
aspiro á reposar.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

Biarritz: Septiembre de 1885.

LA RESIGNACIÓN PERFECTA

I



Lo que vamos á referir no es invención nuestra: es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas* que brotan del corazón de ese eminente poeta que se llama *pueblo*, cuando el sentimiento religioso le inspira; exacto regulador que marca al hombre de observación los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas, de quien así sabe sentir las y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la índole de cada pueblo; este mismo estudio, apenas cultivado en España, ha probado, sin embargo, que era el nuestro un gran poeta religioso, á quien inspiraba su robusta fe bellísimas, al par que profundas creaciones, que adornan sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

He aquí cómo nos fué referida esta fábula por uno de esos poetas campesinos que no se llaman Titiros ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blanquísimos corderos. Llamábase el tío Pellejo y era de oficio *mochilero*, es decir, contrabandista al por menor en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

II

Hace muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares después, viñedos más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que va á besar mansamente la roca en que, cual una blanca gaviota, se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía que arranca de la sierra de Ronda y se extiende hasta la peña de Gibraltar, es la Andalucía de las quebradas sierras cubiertas de verdes lestincos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de yedra; de las dehesas sin término en que se crían las toradas salvajes; de los castillos morunos, que se arruinan cual obra perecedera del hombre, sobre peñascos inaccesibles que, como inmutables obras de Dios, á todo resisten. Accidentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturaleza cultivada con la bravía majestad de las rocas, los bosques y los torrentes, y de cuya hermosura sólo puede formar idea el que la haya contemplado como nosotros repetidas veces, al paso de un caballo que sólo nuestra voluntad apresuraba ó detenía.

En una de estas excursiones á que nuestras aficiones de joven nos llevaban, nos sirvió de guía el tío Pellejo; caminábamos una noche con dirección á Algar, pueblo de la sierra, abrigándome cuanto podía entre los pliegues de una manta murciana dispuesta á la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su *marsellés* remendado y el peso de sus setenta años.

— ¿Qué hora es, tío Pellejo? — pregunté yo de repente en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tío Pellejo miró detenidamente las estrellas, y contestó sin vacilar:

— La una y cuarto.

— Me parece que el reloj de usted se ha parado, — dije yo chanceándome.

— Pues no se duerme el Señor que le da cuerda, — replicó gravemente el tío Pellejo.

— ¿Pero no ve usted que á las doce salimos de la venta del Mimbrial, y que por lo menos llevamos ya tres horas de camino?

— Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come — replicó el tío Pellejo. — A las doce salimos y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dares ni tomares... ¿Ve usted allí las tres hermanas? — prosiguió, señalando las tres estrellas del cinto de Orión; — pues cuando se ponen en este tiempo encima de la peña del Tempul, apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto menos. Media hora después caen la mitad de las lágrimas de la Virgen hacia la sierra de San Cristóbal... Véalas ya su merced cómo ya van cayendo.

Y al decir esto, me mostraba con el dedo la Vía Láctea, que empezaba efectivamente á ocultarse tras de la sierra indicada.

— ¿Y por qué llama usted á esas estrellas lágrimas de la Virgen? — pregunté yo, deseando saber el significado de esto.

— Pues por lo que al pan le llaman pan, y al vino, vino — contestó sencillamente el tío Pellejo. — Ese montón de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo; los ángeles las recogían y Dios las iba colocando en el cielo... ¡Por eso son tantas y son tan hermosas!

Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formación de la famosa nebulosa, vínosenos á la memoria la fábula de la mitología griega, que inmortalizó el pincel de Rubens y ensalzan críticos y poetas.

¡Cuánto más hermosa y más poética nos pareció la versión del tío Pellejo, que si bien no ha encontrado ningún Rubens que la pinte, ni ningún crítico que la ensalce, habrá conmovido sin duda más de un corazón, que se complace en ver en María la Madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos!

Porque así nos sucedió á nosotros, preguntamos al viejo mochilero:

— ¿Quién le ha contado á usted eso, tío Pellejo?

— Pues si eso lo saben hasta los no nacidos... Es como el llorar, que todos lo saben y nadie lo aprende... A mí no me lo ha contado *naide*; pero mire usted, señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que esté en gloria, casi en este mismo sitio, un poco más hacia la izquierda, allá, camino de Algeciras... ¡Jesucristo...! ¡Doce años han pasado ya y todavía tengo aquella voz en los oídos...! Yo tenía tres hijos; ¡á los tres les tocó la suerte, y los tres fueron á la guerra del moro...! Chana ' no te-

nía ya lágrimas que llorar, y ni le iba quedando cara en que *presinarse*... Yo disimulaba, pero tenía un *illo illo* en el cuerpo que no me dejaba sosegar, y me quedé con más sombra que una *jiguera negra*... ¡Miste yo, que cuando entraba en mi casa hasta el candil se alegraba!

Una tarde vi llegar al aperador del cortijo de la Horca; me vió desde lejos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa! Fui allí volando, y el corazón no me había engañado; su hijo había vuelto licenciado de África, y por él se supo que de los tres míos había muerto el mayor en la toma de Sierra-Bullones; al segundo lo mató á traición un moro en una trinchera, y el tercero, Sebastián, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo... Volví en busca de Chana y le dí la noticia... La mujer se encogió como si se viera venir encima el torreón del Tempul; los ojos se le desencajaron y se puso más blanca que un papel.

— Vamos á Algeciras, Cristóbal — me dijo.

Aparejé la burra y tomamos el camino de San Roque, para coger luego el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de la Martelilla: Chana caminaba en la burra, *arrebujáa* en un pañolón, rezando Cremos y Salves. Yo iba detrás echando sapos y culebras, y renegando de cuanto bicho viviente se meneaba... Yo no era malo; creía en Dios y en la Virgen Santísima y en cuanto hay que creer en el mundo; pero aquella pena me había derramado toda la *jié* (hiel) por el cuerpo, ¡y hasta la saliva de la boca me sabía amarga...! De repente tropezó la burra y tiró las alforjas... ¡Me cegué...! Me cegué como el toro cuando le pica la cuca, y sucedió lo que sucede cuando el río se sale de madre, que va creciendo, creciendo, y una lloviznilla le hace al fin rebosar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta del juicio; se me puso delante más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

— ¡Calla esa lengua, Cristóbal...! ¡Calla esa lengua, que bien merece que Dios mate á tu último hijo...!

— ¿Y por qué hace Dios con nosotros esas tropelías? — grité yo más furioso.

— ¡Porque somos pecadores! — contestó con una voz que parecía un juez sentenciando á muerte... — Mira — añadió levantando la mano á ese puñado de estrellas; — ¡mira las lágrimas que costamos á María Santísima! ¡Cuéntalas si puedes...! ¡Ella las derramó y nosotros pecamos...!

Yo no sé lo que me pasó entonces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fuí quedando atrás, atrás, por verme solo. Miraba yo esas benditas estrellas del cielo y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

— ¡Virgen Santísima, que por mí lloraste — decía yo á voces — si no supe lo que dije...! ¡Madre de pecadores, ampara á esta oveja perdida...! ¡Madre de misericordia, cubreme con tu manto! ¡Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe...!

Llegamos á Algeciras por la mañana y nos fuimos derechos al hospital; preguntamos á un cabo por Sebastián Pérez y nos hizo entrar en la oficina del registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

— Sebastián Pérez — dijo — entró el 25 de Mayo... Salió el 1.º de Junio...

— ¿Y para dónde ha salido? — preguntó Chana...

— Para el campo santo, con los pies por delante. — respondió el sargento.

— Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

— Vamos al campo santo, — dijo.

Y fuimos al campo santo; pero lo habían ya cerrado y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral y por una rendijilla de la puerta miraba allí dentro, dentro, por ver desde lejos la tierra que se comía á su hijo.

Teníamos dies reales, y Chana mandó decir una misa á la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí á la sacristía en busca de un padre cura, y me confesé mientras tanto, llorando hilo á hilo. A la vuelta caminamos siete horas, sin decir palabra.

A oscurecer me faltó ya hasta el aliento y me dejé caer junto á un pozo de abreviar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó á mi vera.

— ¿Qué haremos ahora, Chana? — pregunté yo hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

— ¿Qué haremos? — dijo. — Lo que dice el Padre nuestro, Cristóbal... *Hágase tu voluntad; así en la tierra como en el cielo*...

Yo me eché á llorar como una criatura; porque

aunque era hombre que con una mano paraba una yunta de bueyes, no tenía en el corazón el aguante de aquella santa mujer, que no era mujer de carne y hueso, sino un ángel del cielo.

— Cristóbal, — me dijo con una voz que parecía cosa del otro mundo; — había un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenía mujer é hija, y labraba un hacecillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entonces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fuése derecho al Cristo del Mimbrial, y postrado ante la imagen, pidió auxilio al Señor, que hace madurar los trigos del campo. — ¡Señor! — decía, alzando sus cruzadas manos. — ¡Conserva mi cosecha, y la miseria huirá de mi hogar! ¡Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo!

El Señor no escuchó, sin embargo, las súplicas de Juan, y tras de la cosecha perdida llamó á su puerta la miseria.

— ¡Cómo ha de ser! — dijo entonces á su esposa. — El Señor nos ha conservado salud y brazos... El bendecirá nuestro trabajo.

Pero de allí á poco cayó su mujer enferma y vióse en breve á las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo á pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

— ¡Señor, — decía, postrado ante la imagen, — salva su vida...! ¡No dejes á mi hija sin madre...! ¡Devuélvele la salud, rayo de sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió á los tres días, dejando solo á su marido y huérfana á su hija.

— ¡Cómo ha de ser! — se dijo Juan entonces. — El Señor me ha quitado á mi mujer, pero me ha dejado á mi hija.

De allí á poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre, y Juan corrió más angustiado que nunca ante el devoto Cristo.

— ¡Señor! — decía, apoyando su frente en la reja; — ¡salva á mi hija...! Anciano soy y desvalido... ¿Qué haré yo solo como árbol sin ramas y sin fruto?

Juan volvió á su casa esperanzado: acercóse á la cama de su hija y la vió inmóvil; palpó su frente y la encontró yerta; tocó su corazón y ya no latía... Pidió entonces de limosna una mortaja blanca, hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió el mismo sepultura á los pies de su madre.

— ¡Perdí mi cosecha...! ¡Perdí mi mujer...! ¡Perdí mi hija...! — pensaba Juan volviendo á su hogar solitario. — El Señor no quiere que le pida nada... ¡Nada le pediré...!

Y diariamente seguía yendo á la capilla, se arrodillaba humildemente ante el Cristo, cruzaba paciente las manos, bajaba sumiso la cabeza, y ya no pidió jamás, ya no suplicó nunca. Sólo decía aquel modelo de cristianos:

— ¡Señor, aquí está Juan...!

Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó á las puertas del cielo: allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana:

— ¡Señor, aquí está Juan! — dijo.

Y las puertas del cielo se abrieron ante él de par en par...

El tío Pellejo, al acabar su relación, guardó silencio. La oscuridad nos impedía ver si lloraba.

— ¿Y qué ha sido de Chana? — le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

— Á Chana le pasó lo que al caballo viejo, que no resiste tres días de verde, — me contestó. — Desde entonces hincó la cabeza en tierra y no la volvió á levantar nunca. Corazón le sobraba, pero el cuerpo se le iba solo á la sepultura, y tres meses después estaba en la eternidad con sus tres hijos. ¡Yo me quedé solo, señorito, solo...! Solo y sin más hatos que el de la botella; el tapón y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista á adrón no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay, nunca me niegan un pedazo de pan en estos cortijos. Acompaño á los señores cuando vienen á tirar jabalíes, y siempre que paso por el Cristo del Mimbrial me asomo á la capilla y le digo:

— ¡Señor, aquí está el tío Pellejo...! Setenta años tengo ya... ¡Señor, no se os olvide...!

III

Este era el antiguo pobre de España. La historia de Juan es, como antes dijimos, una bellísima *fábula ascética* que prueba el grado tan perfecto en que concebía su autor, que es ese mismo pobre de España, la difícil virtud de la resignación. El ejemplo de Chana y el tío Pellejo, que es un hecho verdadero, prueba por su parte con cuánta fidelidad practicaba lo que con tan subida perfección sentía. Hoy ha desaparecido todo esto: el mismo tío Pe-

1 Diminutivo de Sebastian, popular en Andalucía.

lejo era, en el tiempo que le conocimos, un resto casi fósil de aquel antiguo pueblo español que ha dejado de existir, para dar lugar al pueblo del socialismo y de la *mano negra*...

¿Qué ha pasado por España, Dios mío...?

¿Qué viento asolador ha arrancado á este pobre pueblo su robusta fe y sus sencillas creencias, como arranca el huracán la poderosa vid que vivifica y las suaves enredaderas que embellecen...? Es cierto que ha pasado una revolución impía. Es cierto que han pasado los seides del socialismo arrancando del corazón del pobre, para sembrar el germen de la terrible rebelión, aquella alegre conformidad que dice sonriendo: *Hágase tu voluntad*; aquella bendita falta de ambición que sólo pide el *pan nuestro de cada día*; aquel honrado amor al trabajo, que es el constante centinela de la virtud; aquella santa fe religiosa que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra... ¡que todo lo asegura...!

Pero también es cierto que á veces se combinan varias causas para producir un mismo efecto, y á ninguna de estas causas puede dejar de combatir el que trata, no sólo de lamentar el mal, sino también de remediarlo. Por eso es necesario analizar si esa revolución impía y esas doctrinas disolventes encontraron al pobre *resignado*, amparado en brazos de su hermano el rico *caritativo*. Porque la *resignación* del uno ha de apoyarse en la *caridad* del otro, por ser ambas virtudes sagrados deberes impuestos por Dios para mantener y dulcificar el orden admirable de su Providencia.

Y nótese bien estas palabras de un famoso autor contemporáneo: «Al perder el pobre la paciencia que le infundía la caridad, ha perdido la esperanza, y al perder la esperanza, es cuando ha sentido en toda su brutal plenitud el derecho de la fuerza.»

Por eso preguntamos nosotros: ¿Qué faltó primero en España...? ¿La caridad del poderoso, ó la resignación del desvalido. ?

Lector: si eres rico, haz esta pregunta á tu conciencia, y medita luego la respuesta y el remedio al pie de aquella imagen de Cristo que oía repetir en otros tiempos al humilde pobre de España:

— ¡Señor, aquí está Juan!

L. COLOMA, S. J.

TE DEUM LAUDAMUS....

(Paráfrasis en verso del clásico poeta Figueroa.)

Te Prophetarum Laudabilis Numerus.

A ti dan adoraciones,
Y á tus inmensas bondades,
Arcángeles, potestades,
Tronos y dominaciones;
En tiernas aclamaciones
Celebran su gratitud,
Y en la eterna beatitud,
Que gozan con gloria tanta
De los Profetas te canta
La laudable multitud.

Te Martirum Candidatus, Laudat Exercitus.

De los mártires, gran Dios,
Te alaba la fe rendida,
Porque logra eterna vida
Quien da la vida por vos;
Y ahora tu vista inflamándolos
De un afecto más ardiente,
Te adoran omnipotente,
Uniendo sus armonías,
De celestes jerarquías
El ejército inocente.

Te per orbem terrarum Sancta confitetur Ecclesia.

A ti por el orbe entero,
Con fervorosa piedad,
Publica la cristiandad
Dios trino, Dios verdadero:
A Luzbel, soberbio y fiero,
Tu augusto rayo quebranta,
El Cielo te adora y canta,
Tiemblan el Angel y el hombre
Humillados, y tu nombre
Confiesa la Iglesia Santa.

Patrem inmensae Majestatis.

A ti, Padre celestial,
El sol, la luna y estrellas
Te publican, y con ellas
El bruto, el irracional;
En ese libro inmortal,
Si el más bárbaro medita,

Halla tu grandeza escrita
En eternos caracteres,
Y en ellos encuentra que eres
De majestad infinita.

Venerandum tuum verum, et unicum filium.

Tú, adorable, verdadero
Hijo, y segunda Persona,
La Iglesia canta y pregonar
Inmaculado Cordero.
¡Oh, qué recuerdo tan fiero
Del mundo ingrato el desdén!
El sólo por nuestro bien
Humanó su Majestad
Siendo igual á tu deidad,
Y único Hijo también.

Sanctum quoque paracletum Spiritum.

También al Consolador
Espíritu soberano
Adora el mundo cristiano
Como Dios de inmenso amor;
Los Angeles con fervor
Le alaban en dulce canto,
Y en voces de fuego y llanto,
Que sus cánticos imiten,
Nuestros afectos repiten:
Gloria al Espíritu Santo.

Tu Rex gloriae, Christe.

Tú, divino Redentor,
Que te das sacramentado
Al hombre, y no has dispensado
Al ángel igual favor;
Jesús, que por nuestro amor
Sacrificado te has visto,
Aunque ya habías previsto
Del mundo la ingratitud,
Dadnos la eterna salud,
¡Oh Rey de la gloria, Cristo!

Tu Patris, sempiternus est filius.

Tú del Padre soberano
Recibes perpetua luz;
Tú, muriendo en una cruz,
Salvaste al género humano;
Tú persigues al tirano,
Eres terror del infierno,
Tú eres el consuelo tierno,
El alivio á nuestro mal,
Tú del Padre celestial
Eres Hijo sempiterno.

Tu ad liberandum suscepturus hominem, non horruisti Virginis uterum.

Tú, por liberrar, Señor,
Al hombre de infausta suerte,
¡Sufriste pasión y muerte,
Injurias, ansia y dolor!!!
Tú, siendo su Criador,
Quisiste al mundo bajar,
Y sólo por rescatar
Al hombre de su pecado,
El vientre no has desdeñado
De una Virgen singular.

Tu devicto mortis aculeo, aperiisti credentibus regna coelorum.

Tú, después de quebrantado
De la muerte el aguijón,
A los creyentes el don
De la eterna gloria has dado;
Tú así nos has enseñado
Con amoroso desvelo,
Que la fe es nuestro consuelo,
Que allí nuestro bien se ve;
Pues solamente á la fe
Abriste el reino del cielo.

Tu ad dexteram Dei sedes in gloria Patris.

Tú á la diestra estás sentado
De Dios con grandeza igual
En el trono divinal,
De igual majestad cercado;
Aun se mira en tu costado
La cruel llaga en que das
De adorarte más y más
Un motivo á nuestro amor;
Pues llamando al pecador,
Del Padre en la gloria estás.

Judex crederis, Esse venturus.

Creemos que un día fatal,
Entre diluvios de fuego
Arrasado el mundo, luego
Resucitará el mortal;
Que su sentencia final
Temblando ha de recibir;

Que al malo has de confundir,
Premiando al justo y virtuoso,
Pues con gloria y majestuoso
Como Juez has de venir.

Te ergo quaesumus, tuis famulis subveni: quos praetioso sanguine redimisti.

Os suplicamos, Señor,
Que á vuestros siervos por tanto
Asistáis, y que su llanto
Desarme el justo rigor;
No arguya vuestro furor
Nuestra culpa criminosa,
Y en la sentencia ominosa
No confundáis, ofendido,
A los que habéis redimido
Con vuestra sangre preciosa.

Eterna fac cum sanctis tuis in gloria numerari.

Haz que seamos, ¡oh delicia!
Del número de tus santos,
Y que apaguen nuestros llantos
Los rayos de tu justicia.
Abusó nuestra malicia
De tu piedad sempiterna;
Mas siendo inexhausta y tierna
La que hay en tu corazón,
Esperamos el perdón
Por siempre en la gloria eterna.

Salvum fac populum tuum, Domine: et benedic haereditati tuae.

Salva á tu pueblo, Señor,
Que bajo tu amparo vive,
Y en holocausto recibe
Las lágrimas de su amor;
Conjura, ¡oh buen Protector!
Su infausta calamidad;
Haz que al hombre tu bondad
Mas le confunda y asombre;
Y pues fuiste también hombre,
Bendice esta tu heredad.

Et rege eos, et extolle illos usque in aeternum.

Y gobiérnalos, Señor,
Siendo en su mar tempestuoso
Tu gloria el puerto dichoso,
Y el norte tu fe y amor;
Del naufragio del error
Libértalos felizmente,
Para que el más delincuente
Advierta su precipicio,
Y concédeles propicio
Tu favor eternamente.

Per singulos dies benedicimus te.

Así por todos los días
Favorece su flaqueza,
Y en la aflicción y tristeza
Calma sus melancolías;
Todas nuestras alegrías
Sin Ti son pena y rigor;
En las horas del dolor
Somos por Ti consolados;
Por eso más humillados
Te bendecimos, Señor.

Et laudamus nomen tuum in saeculum, et in saeculum saeculi.

Y eternamente alabamos
Tu nombre y suma grandeza,
Y por tu amor con firmeza
La vida sacrificamos;
Sumisos reverenciamos
Tu insondable majestad,
Tributando á tu deidad
La adoración más rendida
Mientras dure nuestra vida
Y en toda la eternidad.

Dignare, Domine, die isto sine peccato nos custodire.

Dígnate, Señor, mirar
A tus tristes criaturas,
Y de nuestras amarguras
Haznos piadoso triunfar;
Mira á tu pueblo clamar
Ante tus aras postrado;
Haz que cambie, ¡oh Dios amado!
Su pena en dulce alegría,
Y dígnate en este día
Preservarnos del pecado.

Miserere nostri, Domine, miserere nostri.

Ten, Señor, misericordia
De nosotros pecadores;
Sea el fin de nuestros errores
Principio de tu concordia;

¡Cuán fatal fué la discordia!
¡Cuán amable es tu amistad!
Lave nuestra iniquidad
El más penitente llanto,
Y Tú, buen Dios, entretanto,
De nosotros ten piedad.

*Fia misericordia tua, Domine, super nos,
quemadmodum speravimus in te.*

Sobre nosotros, Señor,
Derrámese tu infinita
Misericordia, y repita
Tu alabanza nuestro amor;
No es propio de un pecador
Ser impecable ¡ay de mí!
De un padre amoroso, sí,
El perdonar es blasón:
Danos, pues, Padre, el perdón
Como esperamos de Ti.

In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.

En Ti, Señor, esperé;
Favorece mi orfandad;
Alumbra mi ceguera
Con la antorcha de tu fe;
Mis delitos lloraré
Con un dolor penitente;
El castigo, finalmente,
Haz que en esta vida vea,
Dios de bondad; mas no sea
Confundido eternamente.

LOS REYES EN EL ESTABLO DE BELÉN

PUEDE decirse que todos los grandes misterios que rodean la cuna del cristianismo son misterios de humildad.

Llegado al mundo el divino Redentor de los hombres en una época de orgullo universal y de vergonzosa tiranía, con ninguna virtud podía purificarse mejor la atmósfera de corrupción que respiraba el linaje humano, que con aquella que parece es el exquisito perfume de todas las demás virtudes.

La Inmaculada Virgen, en cuyo seno se había verificado la concepción del Verbo, era, aunque descendiente de príncipes, modesta esposa de un menestral. El severo José, conocedor de la alta jerarquía a que había sido elevado por disposición del Eterno Padre, cuyas veces iba a hacer en la tierra al lado de su Hijo, no se desafiaba de ganar el sustento con el servil trabajo de sus manos; y cuando el César mandó que se hiciera el censo de todos los habitantes del Imperio, los dos esposos vinieron modestamente desde su casa de Nazareth hasta Belén, confundidos entre la insignificante multitud, que iba también a cumplir el mandato del jefe de la república.

Belén era la patria de David, y los descendientes de este poderoso rey no encontraron en el lugar de sus padres sino un inmundo establo donde cobijarse en la fría noche de Diciembre que había de ser testigo del misterioso nacimiento del Hijo de Dios.

¡Qué asombroso misterio de humildad! Para que el gran decreto de la redención del hombre se cumpla, vienen dos artesanos desconocidos a Belén, se guarecen en una gruta, y allí solos, entre animales de labor, y sin más cuna que los pesebres de la vil estancia, presencian el portentoso que habían anunciado tantos profetas, que habían esperado tantos patriarcas, y por el cual los mismos ángeles abandonan sus moradas de perpetua luz, y se encargan de rodear, en actitud de adoración, el pequeño espacio que ocupa el prodigioso Niño.

Con ellos y por ellos llegan también unos sencillos pastores, representando a la clase más humilde de la sociedad, y se postran delante del pesebre, y adoran al Niño, y besan la túnica de la madre, y se encomiendan a la bondadosa protección del carpintero José, que es en aquel momento la viva imagen del Autor de la Creación, de la primera Persona de la Santísima Trinidad.

Unos menestrales guarecidos en un establo; un niño reposando en un pesebre, y unos pastores que se arrodillan en la misma paja que sirve de cama al recién nacido. Tal es el cuadro primero que ofrece a nuestra consideración la historia del Cristianismo. ¿Es posible imaginar nada más humilde?

Pero no bastaba que la familia de Jesús careciese de todo lo que en el mundo supone distinción, alcurnia y bienestar; no bastaba que la virtud, cuyos destellos envolvían la cuna del Niño, resplandeciese, como soberano ejemplo, en las santas personas que ocupaban el establo; era preciso que desde aquel mismo instante fuese considerado como principio general, como base y fundamento de todas las vir-

tudes, como fuente copiosa en que bebiesen por igual los grandes y los pequeños de la tierra, y de aquí que si los pastores fueron los que antes que nadie gozaron de la vista del Salvador y se declararon súbditos fieles del futuro Rey, que había de tener su trono en una cruz, los monarcas de Oriente fueron los que en seguida llegaron al establo a doblar la rodilla, como los pastores, ante el Niño, y a declararse modestos tributarios de las personas más pobres y más desamparadas del mundo.

Nació Jesucristo en una época y en una sociedad en que la mayoría del linaje humano estaba condenada a la servidumbre. Eran pocos los que tenían el honor de llamarse ciudadanos romanos, muchos menos los que disfrutaban las ventajas del patriciado, y no había nadie que creyese en la igualdad de los hombres ante la justicia suprema de Dios.

El desprecio con que los privilegiados miraban a la multitud desheredada, había levantado una barrera casi infranqueable entre unos y otros, y la soberbia de los poderosos era tan grande que no se contentaban con menos que con buscar su genealogía entre la de los mismos dioses.

La vanidad, la codicia del poder y de las riquezas, el amor a los placeres materiales, la fe en el derecho de la fuerza, y el odio recíproco de unas clases a otras de aquella culta sociedad, eran los fundamentos de su existencia, nunca tan pacífica como entonces, y acaso nunca tan corrompida y degradada.

En tal situación, para que el gran Regenerador del mundo manifestase y probase su naturaleza divina, era necesario que sustituyese el desprecio con el amor, la codicia con el desinterés, la sensualidad con el espiritualismo, la fuerza con la razón y la soberbia con la humildad, es decir, que trastornase radicalmente el orden de las ideas y de los sentimientos entonces en boga, promulgando teórica y prácticamente un código del todo contrario al que la humanidad aceptaba a la sazón como justo y verdadero.

Que los pastores le adorasen nada tenía de particular. Eran humildes de condición, y poco trabajo les costaba humillarse una vez más delante de personas que, después de todo, les superaban en categoría, aunque fuesen también pobres y modestas.

Pero reyes poderosos, cargados de riquísimos presentes, llegan de las apartadas regiones de Levante: preguntan dónde está el Prometido, dan con él en el fondo de un establo, y sin entretenerse en averiguar por qué extraño modo ha venido al mundo el Divino Salvador, sobre las pajas de un pesebre se postran, ofrecen el oro, la mirra y el incienso, reconocenle como Señor de cielos y tierra, como Rey de reyes, como soberano de lo visible y de lo invisible, y el cetro, la corona, el manto, la espada y cuantos atributos denotan autoridad, poder y fuerza rindense en el establo como trofeos de la victoria más grande que ha alcanzado la humildad en el universo.

Aquí comienza realmente la asombrosa revolución que viene a hacer el Cristianismo en la sociedad humana. Aquí resplandece ya con luz inextinguible aquel sol de justicia oscurecido por las pasiones y los errores de tantos siglos de idolatría y concupiscencia, y cuyos destellos van a fundir las cadenas de toda esclavitud y a pulverizar el hierro de todo despotismo.

Nuevo concepto de la autoridad surge del establo de Belén el día en que los reyes de Oriente depositan las insignias de su poder a los pies del humilde Hijo de la Esposa del carpintero.

No será en adelante ley indiscutible la voluntad caprichosa del Príncipe; no se fundará el gobierno de los pueblos en la mayor ó menor fuerza con que cuenten sus jefes ó sus Senados, ni se tratará a la multitud como rebaño ni al monarca como Dios, porque si todavía el orgullo y la perversidad del hombre pondrán durante siglos enteros obstáculos y resistencias formidables a la nueva doctrina que hace de los reyes siervos de Jesucristo y de los pastores hermanos de los reyes, cada año, al celebrar la Iglesia el acto de humildad de los monarcas orientales en el establo de Belén, arrojará a los cuatro vientos una solemne y magnífica protesta contra toda tiranía, una condenación elocuente de toda soberbia, y un cántico universal de ensalzamiento a toda humildad.

Los reyes en el establo adorando al Salvador son los precursores de Constantino poniendo la Cruz en su bandera y dejando al Pontífice en la Ciudad eterna como faro único de príncipes y pueblos; son los precursores de Clodoveo doblando la frente bajo la mano de San Remigio; de Carlomagno declarándose el primer soldado del Santo Vicario de Jesucristo; de Pedro de Aragón, no queriendo la corona sino de manos del Pontífice; de Luis de Francia y Fernando de Castilla, besando las llagas de los leprosos y recibiendo a Jesús Sacramentado de rodi-

llas sobre la ceniza y con una soga al cuello; son los precursores, en fin, de Eduardo de Inglaterra, de Canuto de Dinamarca, de Isabel de Hungría, de Isabel de Portugal, y de tantos reyes y reinas que prefirieron ceñir su frente con el nimbo que fulgura en el establo de Belén, a adornarla con los vanos resplandores del oro y la pedrería.

El espíritu superficial de nuestro siglo no penetrará en la honda significación de las fiestas cristianas, y por eso, no sabrá tampoco agradecer los incalculables beneficios que debe a todas y cada una de esas conmemoraciones anuales de los hechos más culminantes de la historia del Cristianismo. Pero ellas hablan a toda hora con elocuencia irresistible, y su acción constante llega hasta las entrañas mismas de la sociedad, y ¡quién puede imaginar el número infinito de males que le evitan como el número no menos grande de bienes con que la favorecen!

Hoy ya no toleramos las tiranías de nadie; hoy queremos saber la razón y la justicia con que se nos manda, y más altivos que Diógenes delante de Alejandro, pedimos, no solamente el sol que Dios envía a todos, sino el pan para nosotros y nuestros hijos, a cambio de nuestro sudor honrada y libremente vertido sobre los instrumentos de nuestro trabajo. Hoy nos juzgamos todos iguales, y difícilmente besamos la mano del poderoso, si la autoridad que representa no está sancionada por la autoridad moral de su persona.

Quizá exageramos estos alardes de independencia, y nos hacemos esclavos de otras pasiones y de otros intereses por huir demasiado de las tiranías políticas. Pero lo bueno y generoso que hay en esa libertad que todos respiramos, en esa igualdad de condiciones que nivela al prócer y al plebeyo, al potentado y al mendigo, del establo de Belén procede; allí, en aquel humilde pesebre, entre aquellas miserables pajas tuvo su cuna, el día mismo en que los Reyes Magos, con su numeroso y brillante séquito, reconocieron, rodilla en tierra, que aquella ruin morada era a la vez templo de Dios vivo, palacio del Monarca universal y estrado del Sumo Juez de todas las generaciones.

¡Gran día el día de la Adoración de los Santos Reyes! Puede decirse que es la fecha en que se firmó el acta de emancipación del género humano por los más elevados representantes de la autoridad política del antiguo mundo.

Al humillarse ellos en el establo, nos ensalzaron a nosotros, hijos del pueblo, reconociéndonos como hermanos en Cristo.

¡Qué ingratitud tan enorme la nuestra, si, enorgullecidos por esa honrosa fraternidad, no nos humillásemos también delante del pesebre santificado con la presencia del Salvador, y no ofreciéramos, como los Reyes, el oro de nuestras buenas obras, la mirra de nuestra fe y el incienso de nuestra adoración.

VALÉNTIN GÓMEZ.

PROGRESOS DE LA ELECTRICIDAD

PILAS Y ACUMULADORES.



UN cuando ya se ha hablado en los *Anales*, en distintas ocasiones, de estos elementos productores de la electricidad, algo diremos acerca de ellos, no sólo como recuerdo, sino para presentar completo el cuadro de los que más se usan.

Pila eléctrica es un conjunto de sustancias de tal modo dispuestas, que al verificarse en ellas un fenómeno químico ó físico se produce una corriente eléctrica. La primera se debe a Volta, que la inventó en 1800, componiéndola con una serie de discos de cobre, zinc y paño mojado, sobrepuestos ó *apilados* en un mismo orden, lo cual justifica su denominación. Este sistema recibió modificaciones en la disposición de sus elementos, siendo las más notables la de corona, la de Wollaston y otras; su manera de funcionar y su teoría son bien conocidas para que nos detengamos en explicarlas.

El inconveniente de tales pilas es la *polarización*, ó sea la existencia de varias causas que tienden a debilitar la corriente, para evitar lo cual, es decir, para obtener una corriente lo más constante posible, se han propuesto diversas soluciones.

Son éstas la pila de *Daniell*, donde el zinc se halla sumergido en agua acidulada contenida en un vaso poroso y el cobre en contacto con una disolución de sulfato de cobre; las de *Calland*, *Trowel* y *Meidinger*, modificaciones ingeniosas de la anterior; la de *Bunsen*, en la cual el cobre está sustituido por una barra de carbón sumergida en el ácido

nítrico del vaso poroso y el zinc exterior en contacto con agua acidulada al décimo de ácido sulfúrico; la de *Zecianché*, compuesta de zinc (negativo) en una disolución de clorhidrato de amoníaco, y el carbón (positivo) envuelto en una mezcla de peróxido de manganeso y carbón contenida en un vaso poroso; por último, la de *bicromato de potasa*, fundada en la reacción del ácido sulfúrico sobre dicha sal, de lo que resulta oxígeno que se une al hidrógeno producido por la acción del zinc; pila esta última muy estudiada y modificada hasta un punto suficientemente práctico por los señores Arsonval, Tissandier y Tourné.

El uso de cada una de dichas pilas se distribuye, desde el punto de vista industrial, de la manera siguiente: para telegrafía, las de Daniell; para teléfonos y campanillas eléctricas, las de Leclanché, y para la galvanoplastia, las de Bunsen. Las pilas de bicromato de potasa se utilizan algunas veces para alumbrado eléctrico á domicilio y para ciertos motores eléctricos.

Las pilas termo-eléctricas transforman directamente el calor en electricidad. Esta propiedad fué descubierta por Seebeck en 1821, quien demostró que, si se sueldan por sus extremos una hoja de bismuto á otra de cobre y se calienta una de las soldaduras permaneciendo la otra fría, se produce una corriente eléctrica que circula en el cobre desde la soldadura caliente á la fría. Con este principio han imaginado sus pilas los Sres. Clamond y Noé con aleaciones de zinc y antimonio, pero sus aplicaciones industriales son hasta ahora poco numerosas.

Los acumuladores eléctricos ó baterías secundarias, han sido inventados por Planté hace veinticinco años; no son capaces de producir la corriente eléctrica, pero sirven para almacenarla ó transformarla. Su elemento se compone de dos hojas de plomo sumergidas en agua acidulada; y si se hace pasar una corriente durante más ó menos tiempo, la descomposición del agua da, sobre una hoja, oxígeno que oxida el plomo, y sobre la otra hidrógeno. Al interrumpirse la corriente, estos dos gases tienden á combinarse para volver á formar el agua, y entonces se origina una corriente eléctrica inversa; mas para que tal suceda de manera que las reacciones se verifiquen con regularidad y que el plomo se utilice todo lo más posible, hay que tomar ciertas precauciones, en las cuales consisten los diferentes sistemas de Faure, Kabath, Sellon, Volkmar, Reznier y otros.

Dar aquí idea de las diferentes pilas y acumuladores inventados hasta la fecha, sería larga tarea, y así sólo diremos lo más característico de algunos.

La pila-tipo de Latimer Clark, inventada en 1872, se destina principalmente á las medidas eléctricas, y se compone de elementos de mercurio, sulfato de mercurio y zincosulfato de zinc: cuidadosamente dispuesta y siguiendo rigurosamente las instrucciones de su autor, sólo llega á variar en $\pm 0,2$ por 100 sobre su valor normal tomado como 100. Bectz la ha modificado, componiéndola con un tubo dentro del cual coloca un cilindro comprimido de sulfato de zinc y sulfato de mercurio. Su fuerza electromotriz varía desde 1,44 voltas, á los cinco minutos, hasta 1,408 voltas, á las cuarenta y ocho horas, y la resistencia del elemento es igual á 17,7 ohmes.

La pila de potasa y óxido de cobre de los Sres. Lalande y Chaperon tiene la ventaja, por su disposición herméticamente cerrada, de ser transportable fácilmente y poseer gran solidez. Es muy conveniente para el servicio interior de habitaciones (teléfonos y campanillas), especialmente el modelo pequeño, y el grande sirve para los mismos usos que las de Bunsen y las de bicromato, ó sea para cargar acumuladores, alumbrado doméstico, galvanoplastia, análisis espectral, etc.

Original es la disposición dada por Jablockhoff á su pila de sodio, si bien hasta ahora no se presta á aplicaciones: consta de una hoja plana de sodio de 15 cm. de largo por 2 de ancho y 6 mm. de espesor (en uno de cuyos extremos se inserta otra lámina de cobre) y de un trozo de carbón eléctrico muy poroso de 20 cm. de largo por 2 de ancho, y tres agujeros que reciben otras tantas chavetas de madera. La lámina de sodio, envuelta en papel de seda, se aprieta contra el carbón, de modo que las chavetas de madera penetren en el metal, asegurando la unión con algunas vueltas de alambre delgado, pero cuidando que no esté en contacto con el sodio. La oxidación de este metal por el aire es lo que hace funcionar el aparato, siendo su fuerza electromotriz de 2,5 voltas, la intensidad 0,1 amper y la resistencia interior 25 ohmes.

La pila primaria de Delarochelle es de bicromato con un líquido especial, muy corrosivo, invención del autor, y sirve para el alumbrado, habiéndose

ensayado en el Café Inglés de París, con dudoso resultado; y la de Dumy está fundada en la producción de una corriente eléctrica por la oxidación del hierro; esta pila sumamente sencilla y de fácil construcción, tiene, sin embargo, el inconveniente de exigir un considerable número de elementos para obtener resultados apreciables.

El Sr. Lacombe se propuso hacer desaparecer los más graves inconvenientes de la pila de Bunsen, como son los desprendimientos de vapores deletéreos, imaginando una compuesta de zinc sumergido en agua acidulada con ácido sulfúrico y un carbón



LA FE GUIADA POR LA INOCENCIA.

colocado dentro de un vaso poroso que contiene, en vez del ácido nítrico, una mezcla de agua acidulada, de sulfato ferroso-ténico y clorato de potasa, las dos últimas sustancias para impedir la polarización, resolviéndose en parte el problema; pero el precio de la electricidad obtenida resulta algo elevado para que su uso pueda generalizarse.

La nueva pila de electrodos de carbón, imaginada



UN OASIS EN ÁFRICA.

por los Sres. Tomassi y Radiguet, se compone de una cubeta rectangular de porcelana, en cuyo fondo se coloca un trozo de carbón envuelto en una pasta de peróxido de plomo, lo que constituye uno de los electrodos de la pila. El otro está formado por otro trozo de carbón semejante al anterior, pero con algunos fragmentos de carbón de retorta platinados en su parte superior; esta última chapa se pone sobre la primera, separándolas por una hoja de papel-pergamino, dispuesta de tal manera que divida á la cubeta en dos compartimientos perfectamente separados. El líquido que ha de bañar los carbonos, con ciertas precauciones, es una disolución saturada de cloruro de sodio.

Con cloruro de plomo (polo positivo) y zinc (polo negativo), bañados en un líquido que contiene cloruro de zinc, ha compuesto el Sr. Sainte-Marie una pila primaria, conveniente para preparar el plomo destinado á los acumuladores.

Para terminar lo relativo á las pilas francesas, sólo diremos que las tan conocidas y usadas de Leclanché, no tienen rival para determinados usos, y

si bien han querido imitarlas algunos fabricantes alemanes, no han llegado á obtener sus modelos más que un 85 por 100 de la fuerza electromotriz de aquellas, reduciéndose á 60 por 100 pasadas dos horas y para dos pilas pareadas, y hasta 35 por 100 en un corto circuito y durante media hora.

En Inglaterra se ha ensayado recientemente para el alumbrado de los trenes de ferrocarriles la pila de los Sres. Holmes y Burke, compuesta de chapas de zinc sumergidas en una disolución de nitrato de sosa en ácido sulfúrico, y trozos de carbón dentro de un vaso poroso, con ácido nítrico. La pila de Ross es notable por su ingeniosa disposición, que permite la carga y descarga del líquido, y consta de dos chapas de carbón en una mezcla de un líquido especial llamado *eureka* por su inventor, y que puede sustituirse por el ácido nítrico, todo dentro de un vaso poroso colocado en otro que tiene zinc y una disolución de sal ordinaria. Esta pila, según el Sr. Hopkinson, tiene varias ventajas, cuales son: gran intensidad con notable constancia, pero coste de los líquidos empleados y carga y descarga sencillísimas. La del Sr. Coad consiste en una combinación de la pila de Bunsen y la de bicromato de potasa, y tiene en pequeño volumen una gran resistencia. Finalmente, deben citarse las pilas de los Sres. Oliphant, Burr y Gowen, que si bien es ingeniosa resulta bastante complicada, y la del Sr. Thame, notable por su duración; pues, al parecer, con cinco elementos pueden alimentarse cinco lámparas de Swan de á cinco bujías durante cincuenta horas, y duraría, por tanto, una semana sin nueva carga, si el alumbrado fuera de siete horas por día, pero tiene el inconveniente de usarse en ella el ácido clorocrómico, que es escaso en el comercio.

Una nueva pila termo-eléctrica es la del profesor Riatti, imaginada con objeto de utilizar la diferencia de temperatura de dos partes de un mismo líquido para producir la electricidad. Consta de un recipiente de madera ó barro, atravesado por dos tubos de cobre separados entre sí, y llenos de una disolución de sulfato de cobre; por uno de dichos tubos se hace pasar vapor de agua y por el otro agua fría, cerrándose así el circuito. El efecto de esto es una corriente eléctrica que se manifiesta por la disolución del cobre de uno de los tubos que se deposita sobre el otro.

Como acumuladores modernos citaremos el del Sr. Reynier, cuya disposición es cómoda para los experimentos de laboratorio, y está constituido, en principio, por un negativo soluble de zinc amalgamado, con un positivo de Planté y de gran superficie, y agua acidulada con ácido sulfúrico, todo contenido en un vaso de vidrio. Los electrodos son de plomo é ingeniosamente dispuestos para evitar las derivaciones.

El Sr. Gadot ha introducido ciertas modificaciones en los acumuladores de Faure, Sellon y Volkmar, que tenían el inconveniente de poseer una débil capacidad eléctrica, necesitándose, por tanto, gran número de elementos. Dichas modificaciones tienen por objeto duplicar esta capacidad, y consisten en sustituir el agua acidulada por un líquido especial de composición secreta y en mejorar la fabricación de los electrodos.

Finalmente, el Sr. Barnett ha creído perfeccionar los acumuladores de Planté por medio de chapas de plomo cubiertas del mismo metal dividido, dispuestas horizontalmente y separadas por fieltros, en los cuales, y en los poros del metal, se introduce el líquido, quedando el elemento casi en seco, de tal modo que puede moverse sin verter el ácido. Las ventajas que proclama el reformador necesitarían un juicio contradictorio para asegurar que sean tales.

Los acumuladores eléctricos han recibido varias aplicaciones, contándose entre ellas la de mover pequeñas embarcaciones, habiéndose hecho en Inglaterra y en Austria numerosos experimentos al efecto. En una memoria de Mr. Yarrow se encuentran expuestas las condiciones actuales de este medio de navegación por la electricidad, deduciendo de todo ello como ventajas de este procedimiento sobre el del empleo del vapor las siguientes: supresión del ruido y poca limpieza de las máquinas ordinarias, quedar libre toda la superficie del barco, y ponerle en movimiento en cualquier instante. Sin embargo, debe tenerse en cuenta el mayor gasto de la instalación eléctrica, así como el de su uso en el caso de ser necesaria una máquina especial para cargar los acumuladores, y que esta misma carga, de ser frecuente, ofrece dificultades y exige pérdida de tiempo, pues necesita un 25 por 100 más que la descarga.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS.

(Se continuará.)

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.